

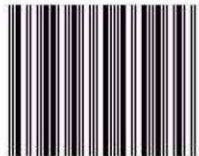
Alfa Eridiani

Revista de Ciencia Ficción

Número 24 - Tercera Época - Octubre de 2014-Enero de 2015



ISSN: 1695-1859



ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@gmail.com. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del fichero que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal debe ser inédita en Internet y no superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados estos, considera que hemos desestimado tu obra.

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José J. Ramos, Graciela I. Lorenzo, Francisco J. López y Enrique Alamillo.

Colaboradores: Íñigo Fernández, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Ilustrador de portada: Vicente Balbastre.

Infografía portada: Sergio Bayona.

Resto Ilustraciones: Sergio De Amores, Olga Apiani, Sue Giacomán y Pedro Belushi.

Conversión a epub y mobi: Luis E. Dawson

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto de la obra que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL:..... 3

CUENTOS:

NO HAY MAL QUE POR BIEN por José Carlos Canalda	5
A LA BÚSQUEDA DEL MEDIO MEGÁGONO por Mauricio del Castillo	19
FÍLMICOS EN EL VIENTO por Blanca Mart.....	30
MÍNIMA UNIDAD CIVILIZADA por Raúl A. López Nevado.....	35

POESÍAS:

NOSOTROS por J. Javier Arnau	40
REGRESO por Raúl Alejandro López Nevado	42

ARTÍCULOS:

III FESTIVAL DE TERROR, FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN CELSIUS 232. AVILÉS, DEL 30 DE JULIO AL 2 DE AGOSTO DE 2014 por Lola Robles	43
PELÍCULAS IMPRESCINDIBLES DEL CINE DISTÓPICO DE CIENCIA-FICCIÓN (I) por José Ramón Vila (Txerra).....	54

PORTAFOLIO:

por Paolo Sartoris	82
--------------------------	----

CÓMICS:

DEBATE ELECTORAL. Guión: Ricardo Manzanaro / Arte: Javier Díaz	83
--	----

Subido a la Red el 31 de Enero de 2015

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.es>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@gmail.com

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más acudimos a vuestras pantallas con un nuevo número de la revista. En este caso hemos prescindido de las novelas y la entrevista. Difícilmente retomaremos estos ítems por motivos diversos que preferimos eludir aquí.

La idea sería centrarnos en las secciones de cuentos, poesías y artículos. Y si nos favorecen los ilustradores con sus obras, un portafolio como el que incluimos en este número.

En este ejemplar, hemos publicado cuatro cuentos, dos poesías, dos artículos, el portafolio que mencionábamos y un cómic

José Carlos Canalda nos presenta la *space opera* de esta entrega en su variante más clásica. Su cuento, ambientado en el espacio profundo, nos presenta al proverbial *comerciante independiente* que debe hacer lo que sea para sobrevivir.

Todos hemos sentido la necesidad de encontrar nuestra pareja ideal. A veces, sin mucha fortuna. En estos casos se necesita una ayudita externa. De ahí que en el pasado surgieran las agencias matrimoniales y, en el presente, las ciberpáginas que nos ayudan en esta tarea. **Mauricio del Castillo** en *A la búsqueda del medio Megágon* va un paso más allá y nos especula sobre cómo será esta búsqueda en un futuro aparentemente lejano.

El espacio Aural, de **Blanca Mart**, obra publicada por Alfa Eridiani, está destinado, y nosotros nos complacemos en ello, a dar muchos y muy buenos cuentos ambientados en dicha obra. Obviamente, hemos incluido el correspondiente cuento relativo a este universo.

Si desean escribir relatos sobre los filmicos o imágenes que pueblan el universo, tanto el editor como la autora nos sentiríamos muy honrados. Naturalmente tendrían un hueco en uno de los muchos ejemplares que vamos a publicar de Alfa Eridiani. O, si llega el caso, publicar un Erídano con todos los relatos que nos lleguen.

Cierra la sección de cuentos, *Mínima Unidad Civilizada* de **Raúl López Nevado**; este relato es una sátira de los relatos en los que se nos evalúa por una u otra circunstancia y hasta aquí puedo leer.

Las poesías corren a cargo de **J. Javier Arnau**, *Nosotros*, y **Raúl A. López Nevado**, *Regreso*. *Nosotros* es una bella poesía sobre el espaciotiempo y las ansias de dominación que tenemos al respecto los humanos. O eso nos gustaría, poder dominarlo. *Regreso*, de **Raúl**, comparte con la poesía de **Javier** su belleza y el anhelo de conquistar las lejanías espaciales. El resto tendrá que deducirlo el lector.



Año XIII. Número 24, tercera época. Octubre-Enero 2014.

La revista contiene dos extraordinarios artículos. El primero de **Lola Robles** sobre la pasada edición del Celsius y el segundo de **José Ramón Vila** (*Txerra*) sobre películas distópicas. Cabe matizar, y matizo, que nuestro buen amigo José Ramón nos tiene preparadas otras dos partes.

Cierra la revista el cómic de Ricardo Manzanaro al guión y Javier Díaz a los pinceles.

Ya sólo queda desearles una buena lectura.

El Equipo Editorial

CUENTOS

NO HAY MAL QUE POR BIEN...

por José Carlos Canalda

Nos encontramos ante un thriller galáctico en el que la piratería, la amistad, la sangre y la gloria se entremezclan en el umbral que separa al «Límite» de los «Mundos Perdidos» y en donde una llamada de auxilio fortuita no es más que el inicio de una aventura que sorprenderá a nuestro anónimo protagonista.

Antes de nada, permítanme que me presente. Me llamo... bueno, eso en realidad no importa. Lo verdaderamente relevante para este relato es que yo era amigo de Joe *Roeasteroides* y, como él, comerciante independiente, enhoramala mal llamados contrabandistas... pero les puedo asegurar que nuestro trabajo es honrado, sólo que en ocasiones no nos molestamos en cubrir ciertos engorrosos trámites burocráticos que no hacen sino entorpecer nuestra actividad comercial. ¿Que también nos olvidamos de pagar las tasas aduaneras? Bien, supongo que ustedes estarán de acuerdo conmigo en que la todopoderosa Federación no necesita nuestra humilde aportación para que le cuadren sus presupuestos, mientras que a nosotros, por el contrario, nos resulta imprescindible para vivir.

Sí, ya sé que está también el tema de los Mundos Prohibidos, con los que está vedado cualquier tipo de contacto y, todavía con más razón, todo cuanto tenga que ver con el comercio; pero, ¿podría explicarme alguien por qué razón la Federación tiene condenada a esta gente al ostracismo y, en la inmensa mayoría de los casos, a la miseria? Dicen que es para proteger a las culturas autóctonas –vaya palabreja, ¿no podían hablar en cristiano?– de la contaminación de la nuestra, pero me gustaría que vieran ustedes sus condiciones de vida y luego pensarán si les gustaría vivir así... a mí no, desde luego.

¿Qué mal hacemos intentando llevarles un poco de la prosperidad que a nosotros nos sobra? Ellos consiguen algo que la Federación les niega, nosotros obtenemos a cambio unas materias primas que a los nativos no les sirven para nada pero que nos permiten ir tirando, y todos contentos... excepto los malditos patrulleros y esos estimados tipejos universitarios que parecen disfrutar comprobando que nuestros clientes siguen yendo en taparrabos. Y oigan, a los primeros todavía los entiendo, al fin y al cabo es su trabajo y sólo son unos mandados, pero a los otros... si en vez de calentar con sus gordos culos las delicadas sillas de sus despachos tuvieran que andar dando tumbos de pedrusco en pedrusco como nosotros, a bordo no de confortables paque-

botes sino de cafeteras volantes como las nuestras, a lo mejor ya no pensaban lo mismo.

Pero me temo que me estoy yendo por las ramas... en realidad, lo que yo quería era contar lo que le pasó a mi pobre amigo *Roeasteroides* en un pedrusco perdido más allá del Límite. En realidad a él, al igual que a mí, no le gustaba comerciar con los Mundos Prohibidos, prefiriendo moverse por los más civilizados –dentro de lo que cabe– planetas del Borde. Allí las patrulleras federales suelen brillar casi siempre por su ausencia, y a los aduaneros de los gobiernos locales es relativamente fácil esquivarlos o, en su caso, contentarles con bastante menos de lo que nos habrían supuesto los aranceles.

Los Mundos Prohibidos son algo completamente distinto. A diferencia de la relajada vigilancia del Borde, los federales los custodian con un celo digno de perros de presa, y resulta realmente difícil burlarlos... difícil y peligroso, puesto que aquí no suelen hacer la vista gorda y los castigos por violar las leyes de aislamiento acostumbran a ser ejemplares. Por esta razón, y porque además nunca sabes con lo que te puedes encontrar en unos mundos tan primitivos, los comerciantes independientes solemos evitarlos a no ser que alguien sea lo suficientemente insensato, o esté lo suficientemente desesperado, como para intentarlo.

Los insensatos no son demasiado dignos de consideración dentro de nuestro gremio, pero todos nosotros hemos pasado alguna vez por una mala racha; y cuando te acechan los matones de alguno de los prestamistas del Borde, puedes acabar echando todos tus miedos por la borda y, haciendo de tripas corazón, arriesgarte a transportar un flete a alguno de esos agujeros cósmicos. Como dijo un antiguo filósofo de mi tierra, *más cornás da el hambre*.

Eso es precisamente lo que le ocurrió a mi pobre amigo. Su vicio por el juego, y mira que yo se lo había advertido veces, le hizo caer en las garras del *Sanguijuela*, uno de los más rapaces usureros de todo el Borde... y también uno de los más expeditivos a la hora de cobrar las deudas pendientes. El bueno de Joe necesitaba dinero con urgencia, y sólo tenía una manera lo suficientemente rápida de conseguirlo. Así pues, y en contra de mi opinión –claro está que esto no le solucionaba su problema–, decidió visitar a los *Hienas*, que es como llamamos a los traficantes con los Mundos Prohibidos.

Éstos, que están tan sólo un punto por encima, y quizá ni tan siquiera eso, del filibusterismo puro y duro, siempre han recibido con las mandíbulas, digo, con los brazos abiertos a todos los comerciantes independientes que se les acercaban, algo lógico teniendo en cuenta que dependen de nosotros, y sólo de nosotros, para sus trapicheos. No es de extrañar, pues, que siempre tengan disponible un flete pagado a un precio razonable dadas las circunstancias... lo malo es que, para cobrarlo, hay que volver sano y salvo y con el importe de la venta en efectivo –obviamente los bancos de la Federación no cuentan con sucursales allí– lo cual, dadas las circunstancias, no se puede decir que sea algo precisamente sencillo. La verdad es que acudir a

su cubil, algo por lo que todos nosotros sentimos un supersticioso terror, es lo más parecido a entrar en capilla, pero a veces no queda más remedio que hacerlo... y a *Roeasteroides* le había tocado la china.

Bueno, pese a todo no tenía por qué ser necesariamente malo; algunos de mis compañeros, aunque no demasiados, han conseguido volver de los Mundos Prohibidos sin ningún percance y con unos buenos ahorros en los bolsillos, pero lo normal es que no vuelvan a tentar a la suerte. Pese a ello, a los *Hienas* no les suelen faltar porteadores.

Resumiendo, que estoy volviendo a divagar. Joe llamó a la puerta de los *Hienas* y éstos, tan hipócritamente amables como de costumbre, le entregaron un flete. El planeta de destino era uno de tantos del Cinturón Exterior que, como suele ser habitual en todos ellos, tras el colapso del Imperio y su posterior aislamiento durante siglos había acabado cayendo en la barbarie más absoluta. En realidad estos mundos fronterizos nunca llegaron a ser gran cosa ni tan siquiera durante los años de la Gran Expansión, así que no es de extrañar que ahora rozaran el salvajismo, sobre todo teniendo en cuenta que ni tan siquiera los civilizados planetas del Núcleo lograron librarse del todo del duro trance de los Años Oscuros.

En realidad entre los distintos Mundos Prohibidos hay bastantes diferencias de nivel cultural aunque, eso sí, todos ellos suelen tener en común su condición de sociedades preindustriales atrasadas, ya que ni tan siquiera en el más avanzado de ellos han conseguido redescubrir algo tan elemental como la electricidad o el motor de explosión. Claro está que, pese a todo, existen sensibles diferencias entre una organizada sociedad feudal y una horda de salvajes caníbales.

Aparentemente a Joe le había tocado un buen planeta. Sus habitantes eran, según le dijeron, unos pacíficos agricultores y ganaderos gobernados por reyezuelos lo suficientemente inteligentes como para no liarse a mamporros entre ellos y, lo más importante de todo, estaban relativamente acostumbrados a comerciar con nosotros. Aunque la mercancía más habitual solían ser los alijos de bebidas alcohólicas o, por hablar con mayor propiedad, los brebajes que pretendían pasar por ellas, en esta ocasión su naturaleza era muy distinta: juguetes.

Bueno, hay que matizarlo; juguetes para nosotros, y artilugios mágicos para ellos. Durante los interrogatorios a los que me sometió la Policía Interplanetaria –ojo, como testigo, no como inculpado– uno de ellos, un tío listo supongo, mencionó no sé qué de abalorios e indios. Como maldito sea lo que entendí de ello le pedí que me lo explicase, y el hombre me contó una historia acerca de unas viejas leyendas de la Tierra según las cuales exploradores con pocos escrúpulos engañaban a los pueblos primitivos que visitaban –¡en la misma Tierra!– ofreciéndoles objetos sin ningún valor, pero de aspecto atractivo, a cambio de bienes valiosos.

A saber si esta historia era cierta; a mí personalmente me resultaba muy difícil de creer que en la antigua capital imperial hubiera llegado a haber alguna vez, aunque fuera hace miles de años, pueblos primitivos como los de los Mundos Prohibidos;

eso sí, no lo niego, la comparación era bastante buena. Los juguetes en cuestión no eran nada del otro mundo, unas simples consolas de holojuegos de esas que cualquier niño tiene desde que alza dos palmos del suelo. Nada tenían de particular ya que ni tan siquiera eran modelos recientes, y por si fuera poco les habían sustituido el receptor energético por unas micropilas de fusión alimentadas por agua dado que en el planeta de destino, como cabe suponer, no existía nada ni remotamente parecido a las emisoras de electricidad, imagínense ustedes su atraso.

Pero estas fruslerías, en manos de sus destinatarios, serían consideradas poco menos que unas mágicas maravillas. Huelga decir que iban destinadas a una reducida élite: reyezuelos, alta nobleza y, en general, todos aquéllos lo suficientemente ricos como para pagarse un capricho regio al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados. En realidad el verdadero negocio estribaba no tanto en los aparatos como en la venta posterior a sus propietarios de los chips de los juegos, por supuesto con cuentagotas y a precios realmente abusivos una vez conseguido un mercado cautivo, ya que allí, por extraño que parezca, tampoco existe ningún tipo de red informática global. No recuerdo si he olvidado decir que las consolas ya habían sido introducidas tiempo atrás, y que el cargamento de mi amigo estaba compuesto exclusivamente por chips.

Esto era sin duda mucho más limpio y cómodo que transportar en la bodega whisky o armas, por no hablar ya del engorro de los animales transgénicos, por muy hibernados que fueran, o de los mercenarios varios que se ganaban la vida dando tumbos de planeta en planeta, con el riesgo añadido de que te volaran la cabeza al menor atisbo de discusión con ellos. No obstante, la naturaleza del alijo no le libraría del celo persecutor de los federales, ya que los chips de marras eran considerados ve-te a saber por qué productos de alta tecnología (!) y, como tales, estaba fuertemente castigado su tráfico fuera de los límites de la Federación.

A mí me gustaría que alguien me dijera qué mal podían hacer unos juguetes inofensivos en manos de unos salvajes incultos que lo más que podrían hacer era estropearlos; ni tan siquiera en el caso, totalmente improbable dicho sea de paso, de que el alijo fuera capturado por los piratas de la Nebulosa Negra, como si no tuvieran otra cosa que hacer que cruzar media galaxia, éste podría servirles de mucho... pero a quienes hacen las leyes suele importarles muy poco si luego éstas son aplicadas de manera lógica o no. Y así estábamos.

El día de su partida Joe *Roeasteroides* se mostraba razonablemente confiado. Aunque no resultara fácil, era posible burlar a las patrulleras federales, y todos nosotros sabíamos cómo hacerlo... al menos, en teoría. Y aunque nuestros patronos se encargaban previamente de *convencer* a la bofia para que mirara hacia otro lado justo en el momento en el que nosotros teníamos que pasar por delante de sus narices, esto no siempre funcionaba como es debido... pero de otras más difíciles había salido y, aunque estaba lejos de ser un temerario, era plenamente consciente de sus bazas.

Quiso el azar que coincidiéramos casualmente en el astropuerto de Uhlán, un astroso pedrusco situado, valga la redundancia, en el mismo borde del Borde. Yo aca-

baba de aterrizar con un cargamento de semillas especialmente adaptadas para su duro clima –Uhlán estaba siendo terraformado, aunque que me lleve el diablo si merecía la pena el esfuerzo– y allí me lo encontré, por supuesto en la cantina. Tomamos unas copas, hablamos de nuestras cosas, nos deseamos buena suerte y nos separamos con un abrazo fraternal... al menos, eso fue lo único que pudo ver el espía oficial de los federatas, toda una institución al que sólo le faltaba ir disfrazado de siriopiteco para llamar todavía más la atención. Pero había que andar con cuidado; aunque ni Uhlán ni Irmine, el planeta del que dependía administrativamente, pertenecían a la Federación, los chivatos de los federatas pululaban por todos los lados. Además de nuestro amigo podía haber otros espías más discretos, realmente dábamos por hecho que los había; pero los comerciantes independientes siempre hemos sabido hablar sin correr el peligro de ser escuchados por oídos indiscretos. Ya en el interior de mi nave, y con el distorsionador antiescuchas –un último modelo, en esto no escatimábamos gastos– activado, pudimos hablar con tranquilidad sobre el motivo de su visita.

Para burlar la vigilancia de los federales Joe había fingido descargar en Uhlán y partir de allí de vacío, algo que a nadie podía extrañar dado que en tan mísero lugar lo único exportable eran las garrapatas del desierto, gordas como perros y voraces como lobos. De hecho, yo también tenía previsto marchar sin cargamento alguno. Durante el viaje de vuelta su nave sería abordada por un carguero de los *Hienas* y, ya sin testigos molestos, el alijo sería transbordado en pleno vuelo. El resto era ya cosa suya.

Tomamos juntos la última copa, nos deseamos mutuamente suerte y cada mochuelo se fue a su olivo; los comerciantes independientes no podemos permitirnos el lujo del sentimentalismo. A la madrugada siguiente abandoné Uhlán, tan sólo unos minutos después de que lo hiciera mi amigo.

Durante algún tiempo anduve de aquí para allá por toda la zona exterior del Borde. Aunque por fortuna los fletes no me faltaron, ninguno de ellos fue lo suficientemente sustancioso como para permitirme pasar una temporada en lugares más civilizados. Habría pasado cerca de un mes desde nuestro último encuentro, cuando volví a tener noticias de Joe. Pese a que en principio no entraba en mis planes cruzar en ningún momento la frontera que separaba el Borde de los Mundos Prohibidos, me corría bastante prisa hacer entrega de un cargamento, puesto que la puntualidad estaba premiada con una prima. A veces el trazado de la frontera resulta ser bastante caprichoso, con entrantes y salientes que dificultan el rumbo forzando a dar largos rodeos para evitar atravesarla; y éste era precisamente mi caso. De no haber mediado la dichosa prima no lo hubiera intentado, pero tenía bastante prisa... además, la incursión sería corta y no me acercaría demasiado a ningún planeta. Así pues, me arriesgué.

Poco después, ya en el exterior del Borde, los detectores de la nave recogieron la señal de alarma de una radiobaliza. Según su código, correspondía a la nave de Joe.

El goniómetro indicó que la señal procedía de un sistema planetario relativamente cercano, apenas a dos o tres parsecs de distancia, y una rápida comprobación de las cartas de navegación confirmó mis sospechas. Se trataba del planeta al cual había viajado con su cargamento de chips.

El azar volvía a cruzar nuestros destinos, pero en esta ocasión todo parecía indicar que tenía lugar bajo condiciones mucho más dramáticas. Durante unos instantes dudé sin saber que hacer, si dirigirme directamente en busca de mi amigo o, si como dictaba la prudencia, dar aviso a la Comandancia Federal o a la patrullera más cercana. Por fortuna en esta ocasión estaba limpio y mi cargamento era totalmente legal –bueno, casi–, y traspasar ligeramente la frontera para atajar tal como yo había hecho, máxime habiendo por medio una llamada de socorro, tan sólo me supondría una tibia reprimenda. Pese a todo, los federatas no eran tan mala gente.

Llamé, pues, por hiperradio a la comandancia de Amarante informando de lo sucedido. Me respondieron que mandarían una patrullera tan pronto como pudieran, pero por desgracia en esos momentos no se encontraba ninguna lo suficientemente cerca de allí; tenía gracia que, para una vez que se les necesitaba, tuvieran que brillar por su ausencia. Me ofrecí entonces a adelantarme a ellos, lo cual aceptaron a regañadientes; era evidente que no les entusiasmaba mi iniciativa, pero eran plenamente conscientes de los fuertes lazos de solidaridad que existían entre nosotros, y de sobra sabían que un comerciante independiente jamás dejaba en la estacada a un compañero. Eso sí, me bombardearon con advertencias de todo tipo que, tanto ellos como yo, teníamos la certeza de que me iba a saltar a la torera.

El caso es que me salí con la mía y, con el consentimiento más o menos tácito de los federatas –más adelante tendría que darles explicaciones por mi presencia allí, pero eso era algo que por el momento no me preocupaba– partí en auxilio de mi amigo.

La señal, aunque débil, me permitió localizar el foco emisor con relativa facilidad. Pero no se trataba de la nave tal como había esperado, sino de una radiobaliza situada en órbita geosincrónica. Esto complicaba las cosas; todos los buques cuentan con un sistema de alarma automático que se activa en caso de emergencia, y eso quería decir que mi amigo se encontraba en dificultades. Todavía no sabía que el pobre *Roeasteroides* era ya un fiambre, pero comencé a temer que le hubiera ocurrido algo.

Sabía que la radiobaliza debía de estar situada sobre la vertical de la astronave, posada con toda seguridad en la superficie del planeta; así pues, teniéndola localizada, inicié las maniobras de aterrizaje adoptando, eso sí, toda una serie de precauciones que a buen seguro mi confiado amigo no había tenido en cuenta.

Con el alma en vilo desgrané la escasa media hora que me llevó atravesar la atmósfera lanzando continuas llamadas por la radio, ninguna de las cuales recibió respuesta. Este silencio no tenía por qué ser forzosamente malo, podía tratarse de una avería que hubiera afectado a la emisora de Joe; pero algo en mi interior intuía que era algo realmente grave, como efectivamente lo fue.

La nave de Joe se encontraba posada en mitad de un desolado páramo, desierto de todo tipo de vida animal y, casi, también de vegetal. Aparentemente se encontraba en buen estado y sin signo alguno de haber sufrido daños, pero cuando me posé apenas a cincuenta metros de ella descubrí algo que me heló la sangre: la escotilla estaba abierta de par en par, algo que en esas circunstancias jamás haría nadie en su sano juicio.

Con toda la rapidez que me permitía mi estado de ánimo concluí las maniobras de aterrizaje, eché mano de la pistola que todos llevábamos con nosotros pese a estarnos taxativamente prohibido, abrí la escotilla y, tras atisbar a uno y otro lado, eché pie a tierra con cautela. La tranquilidad era absoluta y no se oían más ruidos que el suave roce del viento al pasar a través de los raquíuticos arbustos que salpicaban el terreno, pero no me fiaba del aspecto inofensivo del entorno; algo le había pasado a Joe y, hasta que no lo descubriera, convenía ser precavido. Cerré la escotilla de mi nave y recorrí a la carrera la distancia que me separaba de mi destino, aunque no sin dejar de mirar constantemente hacia atrás.

La nave de Joe, como la mayor parte de las nuestras, tenía una cámara de descompresión que se abría a un corto pasillo en cuyo extremo, hacia proa, se encontraba la cabina, distribuyéndose a lo largo del mismo el resto de las dependencias del habitáculo. El portón de acceso a la bodega de carga se situaba en la popa, pero en esta ocasión el escaso volumen que ocupaba la mercancía transportada podía haber motivado que Joe no se hubiera molestado en abrirlo, prefiriendo utilizar la más cómoda escotilla. Esto no explicaba que la mantuviera abierta, salvo que en ese mismo momento hubiera recibido la visita de los nativos; pero entonces, ¿por qué razón había lanzado la radiobaliza de emergencia?

Decididamente las cosas no marchaban como deberían ir. Haciendo de tripas corazón –al fin y al cabo la violencia no es lo mío–, llegué hasta la escotilla, miré en su interior con precaución y, tras comprobar que allí no había nadie, me encaminé a la cabina, ya que la puerta interior de la cámara de descompresión se encontraba asimismo abierta. En la cabina tampoco había nadie... vivo. Su único ocupante era el cadáver de *Roeasteroides*, brutalmente asesinado a juzgar por el lamentable aspecto de sus despojos.

Tras superar el golpe inicial registré la totalidad de la nave, bodega incluida, sin encontrar a nadie más en su interior, ni vivo ni muerto. Todo parecía indicar que mi amigo había sido víctima de un ataque de los nativos, los cuales se habían dedicado acto seguido a saquear concienzudamente el vehículo llevándose cuanto encontraron y destrozando el resto. El aspecto del mismo era, como cabe suponer, desolador.

¿Qué había podido ocurrir? No fue sino hasta más tarde, de vuelta ya a la civilización, cuando tuve ocasión de saberlo; todo se había debido a una absurda y trágica equivocación. Siempre que se procede a cartografiar un planeta, antes de todo es preciso definir cual de sus dos polos corresponde al norte, y cual al sur; en principio caben dos posibles opciones, ambas igualmente válidas. El criterio seguido, consiste

en elegir aquélla en la que los sentidos de la rotación y la traslación coinciden con los de la Tierra. Pero el planeta al que viajó Joe, del cual ni tan siquiera llegó a conocer su nombre, no estaba cartografiado, y dio la maldita casualidad de que, con respecto al plano de la trayectoria de su nave, la eclíptica presentara un ángulo cercano a los 180 grados. Vamos, que todo estaba boca abajo. Joe no se debió de dar cuenta de que el planeta giraba al revés, al fin y al cabo él no era astrónomo, y como carecía de mapas de su superficie y sólo contaba con unas coordenadas geográficas, sucedió lo inevitable: se equivocó de hemisferio, aterrizando en el continente situado justo en las antípodas de su verdadero destino.

Esto no hubiera tenido mayor importancia –habría bastado con despegar y aterrizar en el lugar adecuado– de no mediar un hecho insólito, la existencia de grandes diferencias culturales entre las distintas regiones del planeta. Por sorprendente que pueda parecer, tal como he comentado anteriormente al hacer alusión a los legendarios e inverosímiles indios de la Tierra preimperial, en un lugar tan pequeño como era ese planeta coexistían varias culturas con distintos grados de civilización. Y por si fuera poco, los ya de por sí atrasados clientes de mi amigo resultaron ser el colmo de la sofisticación en comparación con los salvajes que habitaban en el lugar al que para desgracia suya fueron a dar sus huesos.

El resto resultaba fácil de adivinar. Confiado en ser recibido amistosamente, Joe debió de abandonar la astronave sin adoptar ningún tipo de precauciones, siendo asaltado y muerto por la horda bárbara con la que tropezó. Es de suponer que al ser atacado intentaría volver a la nave, donde fue cazado por sus perseguidores y asesinado de forma despiadada.

Y ahí estaba yo, encerrado en una ratonera y sin más compañía que un cadáver destrozado. En realidad nada se me había perdido allí y ni tan siquiera podía hacer lo más mínimo por ayudar a mi infortunado compañero, pero me dolía dejarlo tirado como un perro; al menos, se merecía un entierro decente.

Lo primero que hice fue cerrar la escotilla en previsión de nuevos asaltos. Por suerte los mandos de las astronaves solían estar contruidos con una gran robustez a prueba de accidentes, de forma que, a pesar del desolador aspecto que presentaba la cabina, éstos respondieron con docilidad aislándome de cualquier peligro procedente del exterior. El siguiente paso consistió en programar al asistente de vuelo en modo de control remoto; mi intención era sacar a la astronave de allí, pilotándola desde la mía, y ponerla en órbita, donde podría ser recogida por los patrulleros.

Una vez hecho esto, tan sólo me quedaba volver a mi propia nave. Parecía sencillo, pero sentía miedo ante la perspectiva de tener que recorrer el espacio que separaba a los dos vehículos expuesto a una posible agresión de los asesinos de Joe. Ciertamente tenía una pistola y estaba sobre aviso, pero ¿qué podría hacer yo solo frente al ataque simultáneo de varios enemigos? Claro está que allí no me podía quedar.

Armándome de valor me dirigí hacia la escotilla. Mientras recorría el pasillo caí

en la cuenta de que el cargamento de chips había desaparecido, probablemente robado por los nativos. Pese a lo dramático de la situación, este descubrimiento me hizo sonreír. ¿Para qué querrían esos salvajes unos artefactos de alta tecnología cuya utilidad no podían ni tan siquiera sospechar? Resultaba irónico pensar que el pobre Joe había perdido la vida por culpa de algo que sus asesinos no sabían ni siquiera lo que era.

Recordé entonces algo que habíamos comentado en la conversación, que me parecía ya tan lejana, que mantuvimos en el astropuerto de Uhlán. Yo argumentaba que, sin compartir los criterios aislacionistas de la Federación respecto a los Mundos Prohibidos, sí pensaba que debía de haber ciertos límites en la venta de mercancías a estos planetas, ya que no sólo no tenía sentido, sino que además podría resultar contraproducente, poner en manos de gente tan atrasada objetos a los cuales no estaban acostumbrados y que podrían llegar incluso a ser peligrosos para ellos.

Joe se había burlado de mis temores afirmando que cada cual era muy dueño de hacer lo que más le apeteciera, y que si alguien prefería usar un libro para calzar una mesa coja en lugar de leerlo, estaba en su perfecto derecho de hacerlo. Y, aunque pudiera parecer incongruente vender a una sociedad medieval unos aparatos tan sofisticados como los holosjuegos, eso no era problema nuestro, independientemente de para qué los utilizaran.

He de reconocer que no le faltaba razón; pero teniendo en cuenta el barbarismo de aquéllos en cuyas manos habían acabado cayendo los chips, el sarcasmo no dejaba de ser tremendo. Al fin y al cabo, los habitantes del hemisferio opuesto eran medianamente civilizados y disponían de aparatos reproductores, independientemente de que luego sus santones los pudieran utilizar como oráculos presuntamente divinos; pero ¿para qué les podrían servir los chips a unos salvajes que, según todos los indicios, estaban tan sólo un punto por encima de los animales?



(C) Sergio de Amores

Encogiéndome filosóficamente de hombros, decidí desentenderme del tema. Ahora mis preocupaciones eran otras mucho más urgentes, tenía que volver a mi nave con el pellejo a salvo. Entreabrí la escotilla lo justo para asomar cautelosamente la cabeza y, tras comprobar que nada perturbaba en apariencia la tranquilidad reinante, terminé de abrirla saltando al suelo.

Nada extraño se apreciaba en el espacio que mediaba entre las dos astronaves y, hasta donde me alcanzaba la vista, el terreno se mostraba desierto. Respirando profundamente el fino aire del planeta, cerré la escotilla de la nave de Joe, amortillé la pistola y eché a correr como alma que lleva el diablo.

Me faltarían cosa de dos o tres metros para llegar a mi nave, cuando esgrimí el mando a distancia que controlaba la apertura de la escotilla, con tal mala suerte que,

por culpa de las prisas, se me escapó de las manos. Al intentar recogerlo sin detenerme trastabillé, y acabé dando con mis huesos en el suelo; este tropiezo me salvó la vida. Un fuerte golpe en el casco de la nave, justo al final de la trayectoria que había ocupado instantes antes mi cabeza, retumbó como un cañonazo en el silencio que me rodeaba. Perplejo descubrí que se trataba de un hacha, no por tosca menos efectiva a la hora de abrirte la sesera como si de un melón se tratara...

Me revolví en el suelo como buenamente pude, descubriendo que un gigantesco individuo se abalanzaba sobre mí con ánimo de clavarme una enorme lanza. Sin duda había estado al acecho aguardando a mi salida, y detrás de él pude vislumbrar de forma difusa la presencia de varios nativos más, quizá hasta media docena.

No lo dudé un solo instante, y gracias a mis reflejos evité quedar ensartado como una aceituna. Sin apuntar siquiera alcé la pistola y disparé a bocajarro, descerrajándole un tiro en mitad del pecho instantes antes de que me alcanzara con la afilada hoja. Mi pistola era un anticuado modelo de pólvora, nada de esas modernidades láseres que hacen ahora, lo cual fue una suerte dado que el ruido del disparo sirvió para espantar a los compañeros del muerto, que huyeron despavoridos. De no haber sido así, dudo mucho que hubiera podido defenderme de todos ellos.

Era evidente que la pistola les resultaba algo completamente desconocido que les aterrorizaba, lo que indicaba que al pobre Joe le habían cazado como a un conejo antes de que hubiera podido defenderse. Pero yo no estaba para deducciones lógicas ni sentía la menor curiosidad hacia las peculiaridades culturales de los salvajes, de eso ya se encargaban, si querían, los federales; tan sólo quería salir de allí lo más rápidamente posible. Pero en el transcurso de la refriega había perdido el mando que abría la escotilla.

Lo busqué desesperadamente mientras con el rabillo del ojo vigilaba un posible retorno de los atacantes, sin el menor resultado. Todo parecía indicar que debía de haber quedado debajo del cadáver que, tendido de bruces, yacía despatarrado en el suelo. Bien, no quedaba otro remedio, así que, haciendo de tripas corazón, me tragué mis escrúpulos y, tras asir al muerto por uno de los brazos –lo que me obligó a soltar la pistola para poder usar las dos manos–, intenté darle la vuelta.

El fiambre, un hombretón de dos metros de altura y envergadura a juego, apesataba a sudor rancio y a otros *perfumes* de origen inidentificable, pero no menos nauseabundos. Estaba desnudo a excepción de un tosco taparrabos, pero buena parte de su piel, curtida por el sol y la intemperie, se encontraba recubierta de complicados tatuajes. El pelo, largo y enmarañado, presentaba un aspecto sucio y grasiento que a buen seguro haría las delicias de la fauna residente en tan intrincada selva.

Me costó bastante trabajo ponerlo boca arriba; el fulano debía de pesar al menos sus buenos cien kilos, y no precisamente de grasa sino de puro músculo. Comprobé entonces que mi disparo no había podido ser más afortunado, ya que la bala, de un respetable calibre, había abierto un enorme agujero justo a la altura del esternón. Dadas las circunstancias, podía decirse que acababa de nacer de nuevo.

Pero no era eso lo que me preocupaba en ese momento, sino el dichoso mando a distancia. Y allí estaba, al lado de la mancha de sangre producida por la herida. Lo recogí con precipitación, eché mano también a la pistola y, tras comprobar que no había moros en la costa, ya más tranquilo procedí a abrir la escotilla, que en esos momentos se me mostraba como si fueran las mismísimas puertas del Paraíso.

Nada me quedaba ya por hacer, salvo entrar en mi nave y largarme de allí con viento fresco, pero mi instinto de cazador afloró repentinamente tentándome con el capricho de un trofeo. Al fin y al cabo, me dije, una vez pasado el peligro ¿por qué no llevarme un recuerdo de la refriega con el que poder presumir en las cantinas de los astropuertos?

Dicho y hecho. Aunque el posible botín no podía ser más mísero, fijé mi atención en las armas de mi víctima, el hacha y la lanza con las que había estado a punto mismo de mandarme al otro barrio. Recogí primero el hacha, que yacía junto al casco contra el cual había chocado, y me volví a continuación a por la lanza, que había quedado tendida al lado del cadáver. Esto hizo que por vez primera viera su rostro, en el cual la brutalidad de sus rasgos hacía difícil sospechar que alguna vez sus mucho más civilizados antepasados hubieran podido atravesar el universo, a bordo de astronaves, hasta llegar a ese piojoso rincón de la galaxia.

Pero lo que más me llamó la atención, fueron unos curiosos pendientes que colgaban de sus orejas, los cuales parecían ser de un diseño demasiado refinado como para poder ser un producto de la tosca industria local. Tras asegurarme una vez más de la inexistencia de enemigos, y picado por la curiosidad, me incliné sobre la cabeza del muerto para poderlos observar con mayor detenimiento; y los identifiqué al instante, vaya si los identifiqué... se trataba de los chips robados a mi amigo Joe que, perforados y ensartados en un burdo cordón, ahora ejercían de paradójicas joyas de ese cafre.

No eran éstos los únicos adornos de este tipo que exhibía el salvaje, ya que varios más habían sido cosidos de forma caprichosa al taparrabos y otros dos oficiaban de sendos *piercings* en las tetillas del muerto. Al parecer los asesinos de Joe habían dado un gran valor al puñado de cristalitos negros robados de su nave, encontrando para los mismos un insólito uso ornamental que ni tan siquiera habían sospechado ni sus fabricantes ni sus legítimos destinatarios... pero no por ello menos funcional, al menos conforme a sus exóticos criterios.

El atisbo de una sombra fugaz escabulléndose en la lejanía me recordó que seguía estando en peligro. Puede que fuera tan sólo un animal inofensivo, o quizá un simple juego de luces, pero preferí no correr riesgos innecesarios. Así pues, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo eché mano a la lanza, que no era cuestión de quedarme sin el recuerdo, y me zambullí en el acogedor refugio de la nave, cerrando precipitadamente la escotilla desde dentro. Una vez a salvo, y apenas hube recuperado el resuello, me precipité al cuarto de baño para echar hasta la primera papilla. El susto había sido de campeonato, y ahora me tocaba pagar la factura.

Tras darle un buen tiento a la botella de bourbon que guardaba para las ocasiones en las que necesitaba tranquilizarme rápidamente, y relajarme con una ducha que me supo a gloria, abandoné el maldito planeta llevando tras de mí, como si se tratara de un obediente perrito faldero, el improvisado ataúd en el que se había convertido la nave de mi compañero. Me puse en órbita justo en el lugar marcado por la radiobaliza, mandé un mensaje a los patrulleros que, como cabía esperar, seguían brillando por su ausencia, y me senté a esperar no sin antes poner a buen recaudo mis trofeos, no fuera a ser que me los requisaran después de haberme jugado el pellejo.

Dadas las circunstancias los federatas fueron bastante considerados conmigo, pero no conseguí librarme de su amable *invitación* de acompañarlos hasta Amarante. Allí fui sometido a un minucioso interrogatorio, siempre en condición de testigo y, tras agradecerme la ayuda prestada –habría andado listo si llego a esperarlos antes de aterrizar en el planeta– me dieron permiso para largarme, así que no dejé que me lo dijeran dos veces. Aunque estaba completamente limpio y me trataron con todo respeto, no dejaba de encontrarme incómodo en su compañía, supongo que sería por la falta de costumbre. En cuanto a Joe, me dijeron que ellos se harían cargo de todo, así que me desentendí del asunto. Más adelante le honraríamos convenientemente en las tabernas del Borde, ya que los comerciantes independientes solemos ser poco amigos de funerales y zarandajas por el estilo. Eso sí, me consta que, de haber podido dar su opinión, el viejo *Roeasteroides* habría estado de acuerdo con nosotros.

De momento eso fue todo. Puesto que Joe, al igual que la mayor parte de nosotros, carecía de familia que pudiera reclamar sus bienes, los federales procedieron a subastar la astronave entregando su importe, una vez descontado los gastos del sepelio, al Montepío de Comerciantes, el cual se encargó a su vez de repartirlos entre sus asociados. Por haber sido yo quien la rescatara me correspondió un buen pellizco, lo que me permitió ir tirando durante una temporada sin necesidad de complicarme demasiado la vida por esos andurriales. Todavía estaba muy lejos de sospechar que me la acabaría complicando, y de qué manera.

Todo empezó cuando un buen día decidí enseñar a mis amigos los *recuerdos* que me había traído del planeta, esto es, el hacha y la lanza que arrebaté al nativo muerto. Me encontraba en Tangalia y habíamos decidido dar una pequeña fiesta en honor a Joe, así que la ocasión no podía venir mejor pintada. La verdad es que, después de esconder precipitadamente las armas para evitar que éstas fueran descubiertas por los federales, me había olvidado de ellas. Así pues las busqué y, dado que estaban completamente cubiertas por una gruesa capa de mugre cuya naturaleza era mejor no intentar de averiguar, me puse a limpiarlas concienzudamente con objeto de poder presumir de ellas.

Pese a mi impresión inicial, precipitada a causa de las circunstancias, las hojas resultaron no ser de piedra tal como había creído en un principio, sino metálicas y además bastante pesadas. Yo supuse que debería de tratarse de algún tipo de bron-

ce, pero cuando después de bastantes esfuerzos conseguí dejarlas limpias, descubrí con asombro que brillaban con un hermoso tono dorado.

No podía ser, tenía que estar equivocado; tanto el hacha como la lanza parecían ser de oro... pero tenían que ser de otra cosa, quizá latón o algo similar, ya que era inconcebible que esos salvajes pudieran tener en su poder semejante tesoro.

Puesto que mis conocimientos de joyería no podían ser más limitados, limé cuidadosamente una de las piezas y, recogiendo las limaduras en una bolsita, se las llevé a un joyero –bueno, en realidad estaba más cerca de ser perista– de confianza, el cual confirmó al cien por cien mis sospechas: se trataba de oro puro de 24 kilates, ni tan siquiera llevaba la mezcla de cobre que suelen añadirle los joyeros para hacerlo más resistente al desgaste. Como mucho había algunos pequeños rastros de plata, que él atribuyó a las propias impurezas de la mena.

Tras soltarle al perista una excusa improvisada, me marché precipitadamente de su tugurio. En mi nave guardaba una pequeña fortuna sin haberlo sospechado siquiera, y desde luego era mi intención sacarle el mayor partido posible... pero no allí, por supuesto, ya que en un sitio tan pequeño todo se acababa sabiendo y no me convenía compartir mi secreto con nadie. Bien, no les voy a aburrir con detalles poco importantes. Celebramos la fiesta, por supuesto, pero me cuidé mucho de enseñar a nadie mis tesoros. Me marché de Tangalia en cuanto pude sin correr el riesgo de levantar sospechas por mi precipitación, y conseguí colocar la mercancía a buen precio en el mercado libre de Tarsis. Con el dinero obtenido le di un buen remozado al cascajo con el que me ganaba la vida, que buena falta le hacía... y entonces me tentó la codicia.

Todo parecía indicar que el continente en el que habitaban los salvajes debía de ser extremadamente rico en oro, ya que sólo así se explicaba que éstos lo utilizaran para utensilios tan comunes como sus propias armas. Y puesto que nadie, ni tan siquiera los propios federales, podía sospechar la fortuna que se escondía en ese desecho de la galaxia, mi secreto estaba aparentemente bien guardado. Hice mis cálculos y deduje que, con un único viaje que me resultara fructífero, podría obtener tal ganancia que me permitiría retirarme para siempre, que los años ya comienzan a pesar y cada vez se me pone más cuesta arriba ir de planeta en planeta. Por suerte soy ahorrador, así que, con lo que ganara y con el importe de la venta de la astronave tendría probablemente suficiente para vivir tranquilamente de las rentas durante el resto de mi vida. Y si pese a todo no era suficiente, siempre podría hacer un segundo viaje...

Así pues, puse manos a la obra. Adquirir un cargamento de chatarra informática me resultó sencillo, además de barato; total, si los salvajes iban a usar los chips de adorno, tanto daba que éstos fueran del último modelo o de desecho; total, no se iban a enterar. Viajar hasta el Borde y burlar a los federales tampoco tendría que ser demasiado difícil, ya que había tenido ocasión de comprobar que no debían de aparecer mucho por allí.

Y así estoy ahora, camino de ese planeta sin nombre –en los mapas estelares figura con un simple código alfanumérico– al que yo me he permitido bautizar pomposamente como Eldorado. Todavía queda otro escollo pendiente, sin duda el más peliagudo de todos, entrar en contacto con los salvajes sin que me rebanen el cuello y convencerlos para que acepten mis bonitas *joyas* a cambio de sus *vulgares* cacharros. ¿Lo conseguiré? Espero que sí, pero soy consciente de que corro el riesgo de que mis huesos acaben blanqueándose bajo el implacable sol de Eldorado. Por esta razón, y por si así ocurriera, dejo escrito este relato en el cuaderno de bitácora, pidiendo a quien lo encontrara que tenga la piedad de enterrar mis despojos.

Salud.

© José Carlos Canalda

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos. En su página personal <http://www.jccanalda.es> tiene publicada la mayor parte de sus trabajos dedicados a este género, tanto relatos como artículos y ensayos.

A LA BÚSQUEDA DEL MEDIO MEGÁGONO

por Mauricio del Castillo

Esta es la historia de un hombre con mala suerte en el amor, pero que ahora se encuentra ante la posibilidad de que eso cambie. Sin embargo, para que esto suceda, deberá aceptar una propuesta poco convencional, una propuesta que tendrá un desenlace insospechado...

¿Puede ayudarme?

El señor Santana frunció el ceño y se sujetó la barbilla mientras estudiaba con atención al joven cliente. Llevaba el cabello despeinado y una barba crecida de tres días. Era una figura solitaria y desanimada, un retrato sereno de fotografía.

Santana dijo:

—Desde luego. ¿Cuál es su tipo de mujer? ¿Sencilla? ¿Comprensible? ¿Trabajadora? ¿Inteligente? ¿Despampanante?

El muchacho reflexionó. ¿Qué clase de mujer podía llenar su corazón vacío? Ninguna, ciertamente. Había que ver el desfile de prometidas que lo habían arrojado al olvido. Todas y cada una de ellas poseía un porcentaje considerable de crueldad. Para él, era arduo amoldarse al carácter de una sola.

Alcanzó a asentir, con la timidez latente en la expresión de su rostro. Apenas pudo decir:

—Sólo alguien que me entienda. Que hable conmigo y se preocupe por mí. Tan simple como eso.

—Oh, ya veo —dijo Santana—. Hoy en día eso es difícil, amigo. Las mujeres suelen cotizarse tanto como los diamantes. No están hechas para el amor y piensan en términos más prácticos. El romanticismo no tiene cabida en sus vidas.

Luego de escuchar los argumentos, el joven solitario no pudo siquiera levantar la cabeza.

—No quise desanimarlo más, amigo —continuó Santana, intentando lo mejor posible que sus palabras fueran las correctas. Veía a aquel individuo como un gran pez, pero primero había que arrojar una buena carnada en forma de solemnidad y lástima—. Apuesto a que se burlan de usted. Lo entiendo. Se requiere de mucho valor para reconocer que se busca algo más que un rostro bonito. Ha llegado al lugar indicado. El destino tiene reservada su media naranja y nosotros se la proporcionaremos.

—¿Quiere decir que lo hará? —preguntó el joven, ya más animado.

—Quiero decir que usted saldrá de aquí comprometido con la mujer de sus sueños. No se preocupe. Sólo hágame el favor de proporcionarme sus gustos y manías.

Su platillo favorito, sus pasatiempos, su lugar predilecto para pasar las vacaciones... Una vez que dispongamos de un patrón de personalidad, consultaremos nuestro conjunto de relaciones a través de sentimientos e ideologías. A continuación se envía la consulta a los servidores de índices de la agencia. Cada índice está formado por una relación entre sentimiento e ideología y la dirección del servidor donde se almacenan las páginas que contienen dicha palabra. Por último se aplica un algoritmo para ordenar los resultados de la búsqueda. El algoritmo calcula la relevancia de nuestras parejas gracias a dos billones de ecuaciones con más de quinientos millones de variables. Con toda esta información se crea y muestra al solicitante los resultados hasta encontrar a la mujer perfecta. En una semana tendremos un resultado así como una posible media naranja. ¿Qué dice? ¿Le agrada?

El rostro del joven se iluminó.

—Me parece algo muy bueno.

—Primera pregunta: ¿qué clase de música le agrada?

El cuestionario terminó una hora después. El joven salió de ahí con la esperanza muy en alto. Anhelaba con todo su corazón hallar una persona adecuada para él y, sobre todo, lo suficientemente cálida para hacerle saber las maravillas del mundo y de la vida. ¿Era mucho pedir?

Cada vez que creía haber encontrado a la mujer de sus sueños el destino se las ingeniaba para arrebatársela. No tenía idea de cómo hablarles a las mujeres, ni siquiera sabía emplear las palabras adecuadas. Era tan inútil en el tema como un invidente en un concurso de tiro con arco.

Caminó hacia la estación de tren elevado. Arribó a su departamento y se recostó en el sillón. Soltó un suspiro proveniente de su desolada alma.

Una semana después llamó a la agencia a fin de conocer los resultados de la búsqueda. La pantalla del receptor visual se iluminó y apareció Santana con un rostro inquieto y preocupado.

—Hey, qué tal. ¿Cómo le va? —dijo Santana, fingiendo buen humor.

—¿Y bien? ¿Encontró a alguien para mí? —La voz melancólica del muchacho sonaba como un violín.

—Hasta ayer en la tarde todavía continuamos con la búsqueda pero, bueno, fue una ardua tarea...

—¿La encontraron?

—Aún no. El programa cotejó las características de usted con algunas de nuestras candidatas, pero los resultados fueron un tanto... desiguales.

—¿«Desiguales»? ¿Qué quiere decir con «desiguales»?

—No compatibles en lo más mínimo. Cero. Usted no tiene nada en común con ellas como pueda tenerlo con una cacatúa. ¿Me explico? Nuestro computador fue in-

capaz de hallar una pareja debido a que usted no es una media naranja, sino un medio megágono.

—¿Qué dice? ¿Qué demonios es un megágono?

—Un polígono de un millón de lados iguales. Así es como definimos, en el sentido figurado, a una mujer u hombre con la imposibilidad de conseguir pareja. Usted es un peculiar caso de incompatibilidad. Un megágono es una figura geométrica que no tiene nada que ver con otro tipo de figuras geométricas que existen en la naturaleza. Es tan sólo el diseño imaginado de los matemáticos.

El joven se encogió, con la boca semiabierta.

—Su caso me ha fascinado —continuó Santana—. Nunca había visto en mi vida algo así. Quiero ayudarlo, pero tiene que entender que esto abarca un costo. ¿Dispone de ahorros?

El joven negó con la cabeza.

—He hecho lo posible para que ese ordenador no recicle su caso a los analistas —dijo Santana con entonación seria—. Está conectado a otras sucursales de la agencia en el mundo. Si en Australia se enteraran de que no pudo emparejarlo a usted con una mujer, querrán estudiarlo. No creo que usted esté dispuesto a enfrentar esa situación. —Hizo una pausa y pareció más seguro—. ¿Conoce algo acerca del alma introducida?

—¿Alma introducida?

—Así es. Una forma de conservación de vida. Dos almas coexisten en un mismo cuerpo. No existe el peligro de someter la voluntad de uno y tampoco crea alteraciones en la personalidad. Las dos almas conviven con total independencia.

—Señor Santana, yo no quiero el alma de alguien más. Yo deseo encontrar a una mujer que me ame.

—¿Y qué me dice del alma de una mujer? —preguntó Santana, con las cejas alzadas.

El medio megágono no dijo nada. Estaban frente a frente, mirándose a través de la pantalla. El ejecutivo, inmenso en su traje oscuro pasado de moda, tenía encima de él una luz que le otorgaba un aspecto tétrico.

—¿El alma de una mujer? —preguntó por fin el medio megágono—. ¿Qué hay con eso?

—Ya sabe. El alma de una persona es su esencia: personalidad, carácter, sentimientos, ideología. El alma es la síntesis de cualquier persona. Se puede extraer su esencia y conservarla en un estado de semivida dentro de un compartimento en frío. Pero hay quienes logran ejecutar un estado de conservación dentro del cuerpo de otra persona.

Los ojos del medio megágono se agrandaron con un ánimo diferente.

—Pero... ¿podré tocar y sentir?

—El alma de una persona se encargará de tales estímulos. Usted nunca más se sentirá solo.

—¿Y dónde podremos conseguir un alma disponible?

—En la sala de emergencia de un hospital, desde luego. Pero nosotros iremos a un lugar muy especial donde rescatan y almacenan las almas. Conozco a alguien que puede disponer para usted de un alma en buen estado.

—¿Y si se tratara de una media naranja?

—Usted hace muchas preguntas, joven —repuso Santana—. Ya veremos qué es lo que sucede. Por lo pronto le advierto que nada de esto saldrá barato. Por cierto, me gustaría que empleara toda su amabilidad y atención en su huésped. Nunca se sabe qué pueda pasar. Lo veo mañana por la tarde.

La imagen de Santana se difuminó en la pantalla. El joven la contempló como si continuara ahí. Fue al lavabo del baño y se arrojó agua a la cara a fin de recuperarse de la impresión.

«Soy un medio megágono —pensó—. Un fenómeno. Al menos la mitad de uno. Para mí no existen las medias naranjas. Están lejos de mi alcance, y si llegara a tenerlas cerca de mí tan sólo causaría más distancia.»

Entró en su cama por debajo de las sábanas, se acurrucó en posición fetal y sollozó como un niño.

* * *

El hospital era una auténtica torre de cuarenta pisos compuesta en su mayoría por quirófanos y habitaciones. Era gris y atiborrada de ventanas opacas que la hacían sumirse en la clandestinidad. Su estilizada forma le otorgaba una visión sepulcral y lúgubre. Los pájaros rehuían de su azotea con cantos quebrados y disconformes.

Acompañado del señor Santana, el medio megágono tragó saliva mientras observaba con temor aquella mole de concreto y hierro. Luego de presentar sus identificaciones en la entrada fueron conducidos a una de la salas de drenado. El medio megágono pudo apreciar el ambiente de gran expectación y la apresurada actividad de las extrañas máquinas, en torno a las cuales iban y venían hombres y mujeres. Se dio cuenta de que algo nuevo y maravilloso estaba a punto de nacer en ese laboratorio. Tal vez, pensó, después de la interminable soledad, el amor aparecería en aquella estancia cubierta de azulejos.

Santana observó todo el entramado como si fuera obra suya y dijo:

—Bien, aquí es donde nace el amor, amigo. Sólo déjenos ver si esto... Ah, allí está. —Se dirigió a paso acelerado en dirección a una oficina donde un hombre calvo

ajustaba ciertas frecuencias en un osciloscopio—. Qué tal, doctor Vargas.

El doctor Vargas alcanzó a girar su descomunal cuello. Dentro de sus gruesos anteojos estudió al extraño. Gruñó e hizo un gesto de aprobación, como si la presencia del ejecutivo y del medio megáfono no fuera del todo importante.

—¿Qué desea, Santana? —preguntó con hostilidad.

—Veo que avanza el proyecto —comentó Santana.

—Así es. Muchas universidades y asociaciones de renombre están involucradas en él. La mayoría de los gastos corren por cuenta de algunos millonarios. Pero lo que no me explico es cómo pude involucrarme con un tipo como usted en esto.

Santana ignoró el ataque.

—¿Recuerda que quería saber cómo interactúan dos personas en un mismo cuerpo? —preguntó—. Pues aquí lo tiene.

El doctor Vargas se puso de pie en un salto, como si todo su enorme cuerpo tuviera el mismo peso que una pluma. Se pasó su mano por sus engañosos ojos y observó con detenimiento a su visitante. Era justo como lo que había pensado: un sujeto con muy mala suerte en el amor.

—Nuestro amigo busca un alma capaz de... acompañarlo —dijo el señor Santana—. Pero es, lo que se dice, un medio megáfono.

—¡Eso no importa! —exclamó el doctor Vargas. Rodeó con un brazo los hombros del medio megáfono y como si se tratara de un viejo amigo al que no había visto en años, dijo—: No se preocupe: encontraremos a la persona ideal para acompañarlo. ¿Qué le parece... una distinguida dama?

El medio megáfono titubeó, no muy seguro de lo que iba a decir. Intentó desembarazarse de los brazos del doctor Vargas, pero fue inútil. Alcanzó a decir:

—Eso... Eso estaría bien.

—Venga, venga. —El doctor Vargas encendió el ordenador y apareció el registro de las últimas almas rescatadas de las salas de emergencia, las morgues y los lugares donde había ocurrido algún siniestro.

El medio megáfono se inclinó un poco más en la pantalla y comentó:

—Pues... no tengo idea de cómo deba ser.

—¿Quiere que hagamos una búsqueda avanzada? —preguntó el doctor Vargas con buen ánimo. Oprimió un comando y los resultados arrojaron fotografías de distintas mujeres jóvenes y de mediana edad. El doctor Vargas descartó a todas las fallecidas por una enfermedad, incluidas aquellas que optaron por despedirse de este mundo por su propia cuenta.

—Caramba, no estoy muy seguro.

—¿Desea ver sus rostros? Mire, escoja bien. Aunque le aseguro que eso no importará mucho cuando una de ellas circule por su cuerpo y le haga cortocircuito en el cerebro.

El medio megágono se mordió el labio inferior. También pensaba lo mismo: sólo había que escucharla, sentirla y hacerla parte de su vida. No importaba su aspecto o su rostro. Sólo deseaba ser escuchado para soportar las crueldades de este mundo imperfecto.

Entonces apareció. Parpadeó repetidas veces ante aquel ángel de rostro despejado. El tono de su piel era pálido, pero el color de sus labios lograba el contraste perfecto. Su cabello era corto, con una intensidad tan perfecta como la noche. El tamaño de sus ojos ponía a prueba la cordura de un hombre.

El doctor Vargas estuvo a punto de pasar al siguiente perfil, pero el medio megágono se lo impidió al retirar su mano del comando. Leyó el nombre que desfilaba en la imagen:

—Adriana... Sí, por supuesto.

El doctor Vargas insistió en cambiar el perfil.

—¿Pero qué hace? —exclamó el medio megágono—. ¿Por qué la cambia?

—Ella no está disponible —sentenció el doctor Vargas—. No es una medio megágono.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Santana.

—No sé cómo pudo colarse en esa lista. Pedí que fuera retirada.

—¿De quién se trata?

El doctor Vargas tuvo una exhalación de convincente derrota y dijo:

—Se trata de mi hija. Ella tuvo un accidente de auto hace dos años... Es por eso que he dedicado mi vida a preservar su esencia en este lugar. —Apoyó su cuerpo hasta inclinarse en el respaldo de la silla y con una mirada inquietante dijo—: Recomendando que busquen a otra persona.

Santana objetó:

—¿Ha tenido contacto con ella, doctor?

—¿Eh? ¿Qué trata de decirme?

—¡Conteste! ¿Sí o no ha tenido contacto con su hija?

El doctor Vargas tardó en responder:

—Bueno... Al principio fue duro, pero alcancé a hablar con ella. Le hice saber que todo estaría bien. Ella no sabe nada del accidente, ni siquiera tiene idea de su nueva condición. Ha sido tanta mi culpa por no decirle la verdad que no he tenido el valor de decírselo.

Santana asintió.

—No tengo idea de lo que pueda estar sintiendo su hija ahí dentro, pero es claro que usted la trajo del mundo de los muertos para mantenerla como una muñeca de porcelana bañada en naftalina. No está muerta, pero tampoco con vida. Este hombre —dijo, apoyando una mano en el hombro del medio megágono— está dispuesto a darle alojamiento dentro de él a cambio de un poco de compañía.

El doctor Vargas arrojó una severa mirada al medio megágono. Éste agachó la mirada.

—¿Qué puede ofrecerle a mi hija?

—Yo... —alcanzó a decir el solicitante, sin mucha convicción—. Yo... Yo estoy solo, doctor. Ella también lo está. No creo que sea bueno que los dos estemos así.

—Parece un buen argumento —dijo Santana—. En caso de que no surja compatibilidad entre las dos almas, le pediré personalmente que interrumpa el traslado. Estoy seguro de que nuestro amigo no querrá pasar el resto de su vida con una... ejem... mujer que no lo quiera en lo más mínimo. ¿Usted qué opina, doctor?

El aludido giró y dio la espalda en silencio. Caminó al otro lado de la habitación, murmurando para sí mismo, con una mano en la barbilla.

—De acuerdo, Santana —dijo—. Usted gana. Pero hablaré con ella. Si no se siente a gusto, la sacaré de ahí. Y usted —señaló al medio megágono con un dedo—, no piense hacer estupideces. Es cierto que le estoy haciendo un favor, pero usted no se lo está haciendo a nadie, mucho menos a mi hija. ¿Entendió?

El medio megágono afirmó con la cabeza. Enseguida dijo:

—Sí, doctor. Muchas gracias... ¡por todo!

* * *

El gélido ambiente del laboratorio penetraba en sus huesos y fue asaltado por repentinos espasmos. Médicos, neurólogos, cardiólogos y demás especialistas se hallaban sentados en sus asientos para presenciar el milagro realizado por el doctor Vargas.

Ayudado por una enfermera, el medio megágono se recostó en un soporte amoldado a su cuerpo. Le fue administrado un analgésico poderoso, así como el más efectivo antibiótico del mercado. El doctor Vargas estaba ahí, de nuevo tratándolo como un objeto experimental. El medio megágono lo miró apenas de reojo y enfocó toda su atención en el resto del equipo.

En zonas específicas de su enclenque cuerpo, colocaron electrodos que fueron conectados a un aparato que regulaba la salida de estímulos nerviosos. Después se alojaron en el hipotálamo de su cerebro. Hicieron traer el tanque donde se revolvía la esencia de Adriana. Colocaron un conector para ser incrustado en los cables de sali-

da y así realizar el traslado. La sopa mucosa con nutrientes y feromonas se encontraba hasta el tope en el medidor, lo cual garantizaba una eternidad para la hija del doctor Vargas. El zumbido y el calor que manaban le hicieron saber al medio megá-gono que en efecto se encontraba alguien ahí encerrado. Comenzó a sudar frío. Decidió cerrar los ojos y pensar en el bello rostro de Adriana.

Sintió varios pinchazos en los brazos, en el cuello, pecho, pero sobre todo en el cráneo, como si un ataque desprevenido de mosquitos le declarara la guerra. Poco a poco sintió una corriente que recorría su cuerpo. En poco menos de diez minutos, la esencia de Adriana había sido ya traspasada a un nuevo estado de conservación, un estado orgánico donde por primera vez en mucho tiempo podía renacer y concebir al mundo.

En instantes, sus ojos se cerraron bajo su propio peso. Fue llevado en una camilla hacia una de las habitaciones del hospital para su observación.

* * *

Su conciencia fue arrancada y recibida de vuelta en un estado de total incertidumbre. Pestañeó tan fuerte como sus parpados se lo permitieron. Se hallaba en un parque, siendo iluminado por unas farolas elegantes. El mes podía ser abril, pero también podía tratarse de octubre.

Olisqueó el aire, llenó sus pulmones y se sintió extraño. Deseaba contemplar el mundo desde un punto fijo. Halló un banco de madera y, como si pidiera permiso a éste, tomó asiento. Podía escuchar con bastante quietud el sonido de una música de jazz a lo lejos. Contempló las ropas que llevaba puestas y se rió así mismo: traje cortado a la medida, ni tan formal en un día de oficina, pero sí lo bastante elegante para disfrutar de un tranquilo fin de semana.

Rodeó la plaza de aquel pueblo. No cargaba con suficiente dinero, pero pudo costearse una taza de café en un establecimiento. Tomó asiento en una terraza tan llena de tranquilidad como para examinar a sus anchas a los caminantes, a los niños, a las parejas...

En especial a las parejas...

—Cuánta paz, ¿no lo cree?

El medio megágonos se tensó al escuchar esa profunda voz. Era tan adecuada, sin ser muy alta o muy baja, aguda o muy grave, sin rastro de vulgaridad en ella, ni discordia u orgullo.

Al levantar la vista de se dio cuenta de que se tratada de Adriana, la hija del doctor Vargas. Permaneció callado, sin ocurrírsele algo que decir. Adriana mantuvo la vista en el paisaje nocturno de la terraza. Su belleza era antinatural, un rostro concebible sólo en las revistas y películas. Estaba fuera del alcance de la imperfección. Su perfil no perdía ni siquiera un ápice de belleza y concordaba en totalidad con su

rostro de frente. Sus labios estaban ligeramente húmedos y listos para volver a hablar. Ella mantenía la vista fija en el parque, con sus destellantes ojos azules. Su cabello negro se amoldaba a la circunferencia de su cráneo sin añadirle más volumen. El fleco que caía sobre su frente se asemejaba al zafiro derritiéndose en plena erupción.

Él estuvo a punto de decir algo, pero ella intervino:

—¿Me escuchó? Dije que cuánta paz hay.

La contempló como la primera vez en la lista de almas disponibles. Los ojos de Adriana se clavaron en él sin parpadear y sin alejarse.

—Lo siento —alcanzó a decir el medio megáfono—. Creo que estaba algo distraído.

Adriana sonrió, sin ningún rastro de falsedad.

—¿Es usted de por aquí? —quiso saber ella—. Nunca lo había visto.

—De muy lejos, eso creo.

—Yo también. Llegué caminando por la carretera una fría madrugada. Estaba muy cansada. Pedí alojamiento a cambio de trabajar, y me aceptaron. Me he acoplado muy bien en este pueblo.

—Me parece... Me parece que usted no extraña nada de lo que vivió antes.

—Tiene razón. Pero la verdad es que no lo recuerdo. ¿Es extraño, no lo cree?

¿Qué sucedería, pensó él, si ella lo rechazaba, pero sobre todo, si se diera cuenta de su verdadera situación? ¿Y cuál sería su reacción al saber que su identidad había perdido significado en el mundo real?

Ella tomó con delicadeza la taza de café con ademanes elegantes. Cruzó una pierna sobre la otra, mientras los bordes de su vestido caían en un efecto sofisticado. Preguntó con toda naturalidad:

—¿Cuál es su nombre?

—Javier Osnaya —dijo él, apenas en un susurro—. ¿Y el suyo?

—Adriana Vargas. ¿Está casado?

Javier se sorprendió de haberla escuchado con cierto interés.

—¿Yo?

—Separado, divorciado, viudo... Oh, no quise decir eso. Disculpe.

—Nunca he estado casado, señorita Adriana.

—¿No existe alguien en su vida?

Javier no respondió. Permaneció callado por un largo rato.

—¿No se siente...? Bueno, ya sabe... ¿Solo?



—Más que nunca —dijo por fin—. Soy un medio megágono.

Pensó que ya lo había echado a perder de nuevo. En cualquier momento ella se retiraría y comenzarían a presentarse los desperfectos en su organismo.

Ella sujetó la mano de él con firmeza y sonrió de nuevo. Fue como si saliera disparada una luz, una luz que ni la más intensa luna llena pudiera lograr. Al sentir su calidez, Javier se quedó completamente entumecido.

Adriana dijo:

—La soledad es un mar que creamos alrededor nuestro por considerarlo más suave y protector. Pero el amor es una balsa: en el momento en que te des cuenta de que existe y de que no es sólo un sentimiento, soltarás las amarras en busca de tierra firme.

Javier se recobró al escuchar las apaciguadoras palabras de Adriana. Su corazón bombeó como nunca lo había hecho.

La lluvia apareció. Javier no le dio la más mínima importancia a ese hecho. No importaba lo que sucediera esa noche y al día siguiente. Era el momento que pensó que nunca llegaría. Creyó que despertaría en cualquier momento, pero no sucedió así. Los días y los años permanecieron estáticos, las tazas de café seguían humeando, la música continuaba con sus compases y los encuentros fueron tan especiales como el primero.

El megágono estaba completo.

* * *

—¿Sigue en coma? —preguntó el doctor Vargas.

—Señor —dijo uno de los técnicos—, sus signos vitales están intactos y su actividad neuronal permanece normal. Sin embargo...

Vargas observó el cuerpo tendido de Javier. Éste permaneció boca arriba, con un gesto tranquilo en el rostro.

—Veintiún gramos, doctor —continuó uno de los técnicos—. El paciente ha perdido veintiún gramos, los equivalentes a su alma.

—¿Su alma? —se dijo a sí mismo Santana—. Pero, si continúa con vida, ¿dónde demonios está su alma?

Luego de verificar la actividad dentro del tanque, el doctor Vargas dijo:

—En el tanque de mi hija. Ahora suma veintiún gramos más. Cuarenta y dos en total. Parece ser que el proceso de traslado ocurrió a la inversa. Los dos están aloja-

dos dentro del tanque —apretó los puños—, y no veo la forma de sacarlo a él.

Tocó con la palma de su mano la superficie del tanque. Rozó el nombre y apellidos de su hija en la placa de identificación.

Santana puso una mano en el hombro del doctor Vargas y dijo:

—Tal vez sería mejor cambiar la placa del tanque con un nuevo nombre. Algo así como «Señor y señora Osnaya». ¿No lo cree, doctor?

—Mi hija no puede ser su medio megáfono, Santana. Es imposible.

—Si ese tanque explota, lo crearé.

El doctor Vargas arrojó una mirada de furia contra Santana y después se dirigió al tanque:

—¡Maldita sea! Más le vale que la haga feliz para toda la eternidad.

Y así fue.



© Mauricio del Castillo

MAURICIO DEL CASTILLO (Ciudad de México, 1979) es licenciado en la carrera de comunicación por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pasa su tiempo libre dedicado a la lectura y a la imaginación. Ha colaborado para las páginas NGC 3660, Sitio de Ciencia Ficción, Otro Cielo, Revista Axxon, BEM on Line, Sci-Fdi, Revista NM, Cosmocápsula y Planetas Prohibidos. En 2012 publicó su primera colección de cuentos *La variable multimillonaria y otros relatos*, publicados por Ediciones Endora. En 2013 colaboró en la colección del mismo sello *Antología de Zombie*. Este 2014 apareció su segunda colección *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación* editado por Sedito Ediciones.

Una relación exhaustiva de sus cuentos se puede ver [aquí](#).

FÍLMICOS EN EL VIENTO

por Blanca Mart

Nota: este cuento forma parte de la *Saga de los filmicos*, iniciada en *El Espacio Aural*, (Alfa Eridiani).

En esta ocasión Blanca Mart comparte con nosotros una entrega más de su saga sobre *los filmicos*. Esta historia transcurre en un satélite desolado donde tres seres humanos han encallado; tres hombres que pronto descubrirán que en ese minúsculo satélite las cosas no son lo que aparentan ser.

I

Hemos caído en este satélite desolado, desconocido, fuera de nuestras rutas precisas y nuestros senderos estelares. Somos tres los tarados que hemos «embarrancado», por decirlo con alguna propiedad.

Bien, aquí estamos: John-A, el elegante y supuestamente insuperable piloto; Sebastian, el informático sabihondo, que se saca títulos y especializaciones de la manga como si fueran caramelos. Y yo, Joe, el jefe de misión, profesional, práctico y de decisiones certeras. Bueno, hasta ahora.

Recuerdo haber gritado: ¡Aterricen!

Hay que reconocer que antes de lanzarnos a lo idiota contra este minúsculo satélite que orbita alrededor de ANX II, un pequeño planeta artificial, habíamos cumplido nuestra misión y llevamos una pequeña pero potente carga de carbono heliado con puntos de una nueva celulosa, para los laboratorios de Terra III.

El Espacio con mayúscula es así: señor poderoso de las leyes que conocemos y de las que no. Así que sin que nuestros finos radares dieran cuenta de ello, una tormenta de meteoritos nos zarandeó. Pudimos sortearla, eso es pan de cada día para nosotros, pero lo que no nos esperábamos es que un pequeño satélite del mismo material que los meteoritos nos atrajera tan poderosamente que me obligara a dar la susodicha orden: ¡Aterricemos!

Sí, aquí estábamos: en una navecita bastante destrozada, que chispeaba por aquí y por allá y de la que teníamos que salir disparados pues por momentos se convertía en un lugar peligroso. Cargamos todo aquello que pudimos y que creímos imprescindible: agua, píldoras de supervivencia, oxígeno, comunicadores y no dio tiempo a más pues Sebastian anunció:

—Dos minutos. Cuando estemos fuera, *cliko* el desamortizador, a ver qué pasa.

—Fuera, ¡ya! —dije.

Salimos y nos alejamos corriendo a toda pastilla, en una gravedad algo leve, con buen oxígeno y buen clima. Nos protegimos tras unas curiosas trincheras cavadas en tierra y di la orden.

—¡Ya!

Vimos desde nuestro refugio como la nave chispeaba, se estremecía, temblaba, los cortadores escupieron fuego y se cerraron compuertas. Luego, el silencio.

Nos miramos.

—No ha explotado —comentó John-A.

—Ya no lo hará —explicó satisfecho Sebastian, que tenía un postgrado en Cancelación de Desastres de Aterrizaje.

Respiramos aliviados y observamos el paisaje que nos rodeaba. La tierra era seca y dura, a lo lejos se vislumbraban algunas colinas. Campos sin vegetación se extendían ante nosotros. Algún árbol seco. Oscurecía.

Mal escenario. Entonces el susurro llegó hasta nosotros. Era un susurro, sordo, continuo, que se detenía y reiniciaba en violentas ráfagas. Las ramas de los árboles se empezaron a mover, luego el ruido aumentó.

—Un huracán —dije—. ¡Adentro!

De nuevo corrimos como locos. Ahora hacia la nave.

Nadie preguntó si eso era seguro porque no había mucho donde elegir. En unos segundos caímos al suelo, el viento que llegaba nos zarandeó, las mochilas se alejaron rodando, nos arrastramos sujetándonos unos a otros y al fin, entramos en la cápsula de emergencia, que pudimos situar rápidamente dentro de la cabina de seguridad. Bien, parecía que habíamos librado. Ahora había que esperar a que el huracán pasara.

Pero no pasó.

II

Teníamos hambre. Quizá exagerábamos, quizás tres días sin probar bocado, excepto alguna que otra píldora vitamínica, no era para tanto; bebíamos agua exprimiéndola de aquí y de allá. Un trapo mojado, algo que quedaba en el fondo de una botella.

Fue Sebastian, que tenía un diplomado como Radioaficionado Estelar, el que trajo la buena noticia.

—Ha aterrizado una nave bastante maja, la visión no es clara, pero nos estamos comunicando. No están muy lejos. Escuchad.

Nos situamos, lentamente, alrededor de un cachivache en el que Sebastian trabajaba. La voz que se podía oír era joven y fuerte, agradable, amistosa, una voz de mujer.

—Soy la capitana Rayna de la nave Quimera, de Terra III. ¿Cuántos sois?

—Tres —contesté débilmente.

—Os sacaremos en cuanto acabe el viento. Aguantad.

El viento susurraba, rugía, no descansaba ni un segundo, empecé a oír ruidos que se mezclaban en mi mente: incendios y ciudades cayendo, galopar de caballos en mi cráneo. El hambre cada vez era más fuerte, más intensa, en aquel lugar devastado por la guerra. ¿Por la guerra? ¿Empezaban las alucinaciones?

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Oigo cosas extrañas —murmuró John—, veo resplandores en el cristal de la escotilla-visor.

—No es eso —afirmó Sebastian, que tenía un diplomado en Asuntos Fílmicos, Antropofílmicos y Exofílmicos—, son *filmicos*.

Le miramos consternados.

—Son seres de filmes antiguos, muy antiguos, de la Tierra —continuó— se solidifican, se alimentan de celulosa, de algunos nitratos... en fin, mejor que pasen por nuestro lado y desaparezcan, nunca se sabe. Pero allá van... el capitán Buttler, el caballero Ahsley, amor imposible de Scarlett... la vieja Mamy... no lo puedo creer... son personajes de *Lo que el viento se llevó*.

Algo habíamos oído de esas leyendas sobre nuevos seres, los *filmicos* o *imágenes o reflejos*, pero como no teníamos fuerzas para entrar en conversación, nos quedamos callados mirando los resplandores del exterior, escuchando el rugir incansable del viento.

De pronto Sebastian movió, toco y sacudió la radio de sus invenciones.

—¿Ve lo que yo veo capitana?

—Sí —contestó la voz de la mujer—. Veo una mujer con un vestido carmesí, camina a través de viento, tranquila, sosegada, protegida por un túnel transparente que parece celulosa-neoversuniana... pero no estoy segura... ¡Atención!, va muy decidida hacia vuestra nave...

Unos segundos después la puerta de la cabina se abrió y una hermosa joven apareció en el umbral.

—*Vamos muchachos* —dijo sonriendo con coquetería y tomándose del brazo de John— *no voy a pasarme la tarde esperándoos. Entrad en mi túnel y os llevaré hacia ese otro extraño refugio; parece que allí hay unas chicas que tienen comida. Rápido.*

Hay que reconocer que no nos lo pensamos mucho y unos segundos después, los

tres, lentamente, casi flotando, seguimos a aquella alucinación que conducía a tres aventureros famélicos hacia la salvación. Fue cosa de minutos y entramos en la nave que llegaba de Terra III.

La capitana Rayna, nos condujo, casi arrastró, a una mesa, ella y tres mujeres más nos inyectaron algo, nos dieron un poco de agua y unas cápsulas. Una simpática soldado-cocinera nos prometió una buena cena en cuanto nuestro cuerpo se recuperara. Era un salvamento profesional, en toda regla.

Mientras los elementos estabilizadores nos ponían en funcionamiento, nos situamos frente a una de las ventanas de observación.

—¡Mirad! —señaló Sebastian, emocionado—. Que belleza, qué maravilla. Ahora dirá: *Pongo a Dios por testigo que nunca más volveré a pasar hambre.*

El viento seguía rugiendo y la joven de rojo se había detenido frente a un árbol seco, la tarde brillaba color naranja. Todas las navegantes y nosotros mismos seguíamos fascinados la escena.

El viento se detuvo. Se oscureció la tarde.

La joven tomó algo de la tierra, luego se puso en pie y con el puño en alto, se enfrentó desafiantemente al cielo del anochecer.

—Que belleza, qué maravilla —susurraba Sebastian, emocionado, y fue repitiendo con la joven, las palabras que un murmullo en sordina nos traía—: *¡Pongo a Dios por testigo, que nunca más volveré a pasar hambre.*

Todos miramos al joven informático asombrados.

—¡Sabías lo que iba a decir! —se rió una de las navegantes.

Sebastian respondió con timidez:

—Es que me gustaba mucho esa «peli».

De nuevo, nos llegó amplificada la voz de la mujer recitando armoniosamente:

Ni yo ni los míos, ni ningún navegante perdido pasará hambre.

—Eso no estaba en el guión —protestó Sebastian, indignado.

Pero a todos nos pareció muy bien ese pequeño cambio.

Durante un buen rato las escenas se alteraron; según las explicaciones del experto en filmicos, lo que había ocurrido era un CIG (cambio imprevisto en el guión). Los soldados pasaron a caballo frente a nuestra nave, sin percatarse de nuestra existencia; a lo lejos, una ciudad ardiendo resplandecía, y entre las llamas, la joven Scarlett, huía hacia la tierra amada de Tara.



(C) Sue Giacomani

III

Ni la más leve brisa se movía. Suspiramos, la experiencia nos había llevado más allá del asombro. Pedimos a nuestras salvadoras autorización para bajar a nuestra nave a recoger lo que se pudiera. No accedieron; estábamos muy débiles y les urgía marcharse de allí. Ninguno conocíamos las leyes naturales de aquel lugar, y un cierto rumor de lluvia, lluvia desconocida, sin reglas, alborada de extraños colores, se barruntaba en la distancia.

Así que tres mujeres soldados, armadas hasta los dientes, bajaron, y estábamos acabando de cenar cuando regresaron con nuestra mercancía, que llevaron al almacén. Luego, mientras tomábamos café clonado, se explicaron amigablemente.

—Ésta es la nave pirata Quimera. Lo de pirata —dijo la capitana—, no valía la pena que os lo comentara antes. Os habríais impresionado. ¿Creéis que alguien pagaría rescate por vosotros?

—Sí —dije rápidamente.

Las jóvenes sonrieron.

—Menos mal —dijo una— porque nos caéis muy bien.

Entretanto Sebastian miró hacia fuera ¿acaso esperaba que llegara de nuevo Scarlett a rescatarnos? De repente le susurró al piloto:

—Oye John, ¿tú no te llamas Ashley de segundo nombre?

—Sí —contestó este—, ¿por qué?

—Por nada, cosas mías. Creo que por el bien común, deberás hacer una huelga de hambre.

La sonrisa amable de Sebastian me recordó al gato de Cheshire. Pero yo pienso que con tantos cambios imprevistos en los guiones, ¿recordaría Scarlett a su amado Ashley? Esperemos que sí.

© Blanca Mart

BLANCA MART publica en España y México. Su obra comprende novela contemporánea (*La Nímedad*), biografías para niños, poemas (*Avatares*), novelas policíacas. Dentro del género de Ciencia Ficción y Fantasía, novelas, cuentos y artículos. Sus últimas publicaciones son *El Espacio Aural* (ciencia ficción), universo al que pertenece este cuento y dónde nacieron los filmicos, (el libro se puede comprar en <http://www.amazon.com/El-espacio-aural-Spanish-Edition/dp/147756098X>), *A la sombra del Linaje* (Fantasía), *Dorian Eternity* (vampiros). Blanca tiene su propia página en Amazon: <http://www.amazon.com/Blanca-Martinez/e/B00CC9XLTY/>

MÍNIMA UNIDAD CIVILIZADA

por Raúl A. López Nevado

En la historia, hombres y perros han dado vida a una relación que resulta ser del interés de la asamblea galáctica, un conjunto de seres extraterrestres que poseen los mismos derechos y que acaban de descubrir cuál es la unidad mínima de la civilización en la Tierra. La pregunta es: ¿cómo proceder ante esta unidad?

La unidad mínima de civilización humana está formada por un hombre y su perro.

—¿Estás totalmente seguro?

—Sí, aunque para ser justos he de decir que también se admite la combinación de hombre y perra, mujer y perro o mujer y perra.

—¿Y qué hay entonces del resto de uniones sociales?

—Irrelevantes. Las combinaciones de hombre y mujer, de varios hombres, de varias mujeres o de varios hombres y mujeres unidos no se diferencian en nada del tipo de uniones que forman el resto de animales terrestres. Sin embargo, en la conjunción de hombre y perro, la humanidad alcanza su cénit.

—Esto complica las cosas. No sé cómo se lo va a tomar el Jefe cuando se lo digamos.

Los dos seres suspenden su conversación, y se miran por un instante. Uno de ellos, con forma de medusa sin tentáculos, flota en una especie de líquido amniótico y espeso, es un ejemplo de civilización acuática, todos sus sentidos están atrofiados desde una perspectiva aérea; pero a través del líquido que lo envuelve es capaz de percibir los más pequeños cambios en la luz, la presión espacial o la presencia de sustancias químicas. El otro, con aspecto de diminuto milpiés, echa a correr por una de las escotillas a toda prisa, escurriéndose entre los tubos de ventilación de la nave, y cavilando acerca de la manera menos peligrosa de comunicar sus descubrimientos.

* * *

El rugido se debió de oír en al menos varios años luz a la redonda. El Jefe estaba completamente fuera de sí. Frente a él, un nutrido grupo de los seres inteligentes de la galaxia aguardaba, con la cabeza gacha, aquellos que tenían cabeza, a que se calmara y dirigiera al menos un veinte por ciento de sus ojos hacia un mismo punto, para poder tomar alguna vía de acción.

—¡Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida: un ser inteligente binario! — dijo el Jefe por una de sus cincuenta bocas.

Uno de los subalternos energéticos, puro impulso eléctrico sin cuerpo alguno, se dirigió a un ser que permanecía en el suelo extendido como una alfombra persa.

—¿Ha hablado por una de las bocas de la verdad?

—No estoy seguro —dijo el otro—, pero no me ha sonado fingido.

—Vosotros dos —dijo el Jefe, ahora claramente por una de las bocas de la verdad— ¿Por qué demonios estáis cuchicheando? Si tenéis algo que decir, decidlo en voz alta para que todos nos enteremos.

Se oyó un murmullo de protesta en el fondo.

—Está bien —se corrigió el Jefe—, hablad para que aquellos con oídos nos enteremos, y para que os presenten los presentes, os prevean los preveedores y os noten los notadores.

—No se trata de nada importante —dijo el energético.

—La verdad, quiero la verdad —ordenó el Jefe haciendo gestos de que se acercaran con una de sus sesenta manos.

—Nos preguntábamos —dijo la alfombra— si uescencia...

—¡Nooooo.... —lo interrumpió el energético.

—...había —continuó la alfombra— hablado por una de las bocas de la verdad, o una de las otras.

—De la verdad —dijo impasible el Jefe.

En la gran sala se hizo el silencio, aunque aquéllos capaces de leer los pensamientos mantenían entre sí dos mil quinientos cuatrillones doscientos billones cien mil millones once mil quinientas veinte con treinta y seis animadas conversaciones a la vez.

—No veo cuál es el problema —se atrevió a intervenir un ser de tez olivácea, y tres pares de narices, una aguileña, una chata, otra respingona y tres planas y anchas— en esta sala nunca se ha marginado a ninguna raza inteligente por razón de su aspecto.

El Jefe le echó una mirada furibunda con más del treinta por ciento de sus ojos, y el narigudo se encogió un poco.

—El problema es absoluto y completo. No se trata de un ser con características especiales, se trata de un ser que necesita a otro para ser civilizado. Podemos admitir la mayoría... no, todas, absolutamente todas las rarezas siempre y cuando éstas sean patrimonio de un único ser. Es una cuestión de pura matemática, cualquier rareza crece de manera exponencial en un ser binario.

—¿Entonces?

—Hemos de enviar un emisario, alguien que estudie y descubra las costumbres de esta especie tan peculiar, y llegado el momento, si la ocasión se presenta y es posible, que intente traer a uno solo de ellos.

—Pero —intervino el milpiés que había llevado a cabo el estudio sobre las unidades mínimas de civilización en la humanidad— no es posible, lo he tenido todo en

cuenta y sólo juntos puede considerárselos civilizados...

—No hay nada más que hablar —zanjó el Jefe mirándolo de soslayo con una tercera parte de sus ojos—, o lo hacemos así o los destruimos y nos olvidamos de este problema.

* * *

Las deliberaciones para escoger al mejor espía comenzaron: Primero se pidió a uno de los seres energéticos que ejerciera la labor. El ser marchó a la Tierra. Como energía pura que era, podía trasladarse sin mediaciones temporales ni espaciales; pero regresó al cabo de apenas unos minutos. «No pienso volver —dijo—, qué contrariedad, pardiez, qué contrariedad. Al verme aparecer me pegaron un garrotazo y dijeron algo acerca de fantasmas y de un carajo». Fue inútil que lo intentaran convencer, el ser energético había venido muy dolido y tocado en su amor propio por aquel trato, y se negó a volver.

Así que se probó suerte con un ser gusanoide. En la Tierra había seres como aquéllos, lo habían comprobado. No eran inteligentes, y solían vivir cerca de donde vivían los humanos con sus perros, así que un agusanado no despertaría sospecha alguna... de no ser porque los gusanos terráqueos solían medir unos veinte centímetros de largo como mucho, y los gusanoides medían en torno a los mil kilómetros. Comprobado este último punto, se procedió a descartar a los gusanos y probar con los moscones.

Los moscones eran parecidos a lo que en la Tierra se llamaban moscas. No había en este caso diferencias sustanciales de tamaño. Eran seres pequeños y negros que volaban con rápidas maniobras, y observaban el mundo con sus centenares de ojos divididos en teselas. Incluso gustaban de detenerse y frotarse las patas delanteras como hacían los insectos llamados moscas en el mundo de los humanos. El único problema era su ligero sobrepeso, capaz de doblar el tiempo y la luz a su alrededor como veinte estrellas de neutrones.

Se hubo de descartar a los moscones ante la posibilidad de convertir la Tierra en un agujero negro, y la asamblea continuó discutiendo durante horas hasta que un ser menudo, cuadrúpedo y de caminar elegante se situó en medio de todos, y dirigiéndose con absoluto desparpajo hacia el Jefe dijo:

—Yo lo haré.

«¿Tú?». Sonaron algunas voces llenas de indignación y algunas risas sofocadas; pero el cuadrúpedo no se movió, sino para acicalarse serenamente, esperando con paciencia la respuesta del Jefe.

—¿Y cuáles son tus cualidades? —preguntó el Jefe.

—¡No tiene cualidades! —Dijo uno de los seres sumergidos en líquido amniótico mientras tecleaba algo en una pantalla—. En verdad ni siquiera puedo decir de dónde ha salido.

—Aquí somos todos iguales —dijo el Jefe—, seres inteligentes con un grado de desarrollo suficiente como para abandonar la matriz de nuestro planeta, no nos importa de dónde haya salido.

—Ya —replicó el amniótico—, pero es que es como si no hubiera salido de ningún planeta, como si simplemente hubiera llegado hasta aquí sin que nadie supiera cómo y se hubiera instalado entre nosotros.

—¿Y cuáles son tus obligaciones dentro de la nave? —preguntó el Jefe.

—Ninguna —volvió a replicar el amniótico mientras seguía tecleando.

El Jefe lo miró con el cuarenta por ciento de sus ojos, buscando confirmación para las palabras del amniótico. Pero el pequeño ser en el centro no cambió su expresión, se lamió una de sus patas delanteras, y aprovechó para aplicársela al rostro, dejando su pelo perfectamente peinado, y sus grandes ojos de pupilas alargadas descubiertos.

—Todo el mundo —prosiguió el amniótico—, lo conoce, lo trata y lo aprecia. A nadie parece caerle mal, y todos parecen creer que tiene actividades varias en la nave; pero lo cierto es que no sabemos ni de dónde ha salido, ni qué es lo que hace.

—Visto tu historial —dijo el Jefe con tono ofendido—, no veo por qué te tendría que hacer caso y confiarte esta delicada misión. A ver, ¿qué es lo que me tienes que decir a todo esto?

El cuadrúpedo lo miró altanero y estirándose hacia atrás dijo firmemente, para gran estupor y convicción de los presentes:

—Miau.

* * *

Pasados más de cinco mil años, el origen de la domesticación de los gatos seguía siendo un enigma para la especie humana. Estaban ahí, habían sido adorados como dioses por los egipcios, y tratados como tales por el resto de las culturas. Se especulaba que así como los perros habían sido domesticados hacia en torno a treinta y tres mil años por sus habilidades como guardianes, pastores y cazadores, los gatos se habían domesticado hacia en torno a los cinco mil por su capacidad para cazar ratones. Sin embargo, pese a su aceptación masiva, la fragilidad de esta teoría estaba a la vista de cualquiera. Los gatos cazaban ratones, sí, pero sólo cuando les venía en gana, y en todo caso, nunca mejor de lo que lo hacían las razas de perros bodegueros.

Pedro Lobato, el mayor experto en comportamiento felino del mundo, había estudiado el tema ampliamente y estaba a punto de publicar una monumental monografía al respecto. En ella, abordaba la cuestión de la domesticación de los gatos, su penetración en todas las culturas humanas y su aparente sinsentido. A lo largo de sus investigaciones, Lobato había descubierto hechos verdaderamente turbadores y espeluznantes, y había comenzado a temer por su propia vida. Según sus primeros estu-

dios, que no iban mucho más allá de las sospechas que algunos humanos habían comenzado a manifestar desde hacía tiempo, la domesticación de los gatos no había tenido verdaderamente lugar nunca y, si acaso, se tenía que considerar que se había producido a la inversa de lo que se creía: es decir, que los gatos habían acabado por domesticar a los humanos y no al revés.

Los gatos tenían una motivación oculta y oscura. No era capaz de comprenderla; pero estaba seguro de ello, a pesar de que sus suspicacias despertaran la hilaridad de sus colegas científicos. Únicamente su perro, un gigantesco mastín que le hacía las veces de confidente y guardián, parecía tomárselo suficientemente en serio. Es más, estaba convencido de que Sirio, que así se llamaba el can, había frustrado en varias ocasiones atentados contra su persona planeados por gatos.

Aquella noche, Lobato y Sirio salieron a pasear bajo un firmamento despejado y diáfano. La Vía Láctea surcaba toda la bóveda celeste con miríadas de estrellas que convertían la oscuridad en una mancha lechosa. Hombre y perro se sentaron bajo un árbol y alzaron sus miradas al cielo como si fueran un solo ser.

—¿Ves aquello? —dijo el hombre a su perro, señalando una estrella indeterminada.

El perro pareció asentir a sus palabras, y dirigió su mirada hacia donde le señalaba.

—A veces —siguió el hombre— pienso que no es posible que estemos solos en la inmensidad del Universo, y me pregunto por qué aún no habremos recibido noticias de ellos... los que sea que estén ahí fuera, porque estoy convencido de que tiene que haber alguien ahí, más avanzado y capaz de juzgarnos con justicia.

En la penumbra del bosque, varios ojillos brillantes los observaban y comunicaban sus movimientos a la nave de la asamblea galáctica: «Confirmado —dijo uno de los gatos por el comunicador— su unidad mínima de civilización o pensamiento, los implica a los dos: hombre y perro. No se los puede separar. Será mejor destruirlos. Cambio y miau».



© Raúl A. López Nevado

Raúl A. López Nevado es el autor de las novelas: [Antes del Primer Día](#), editada por Espiral CF, y [La Biblia del Chisme](#), que se está publicando actualmente en formato serial, con periodicidad semanal en [El Sitio de Ciencia-Ficción](#). Ha publicado relatos y poemas en [Alfa Eridiani](#), [Axxón](#), [Revista Digital miNatura](#) y [Planetas Prohibidos](#) entre otras publicaciones. Se pueden seguir todas sus novedades en su blog: [¿Sueña Alonso Quijano con Cervantes eléctricos?](#)



POESÍAS

NOSOTROS

por J. Javier Arnau

Uno de los temas más queridos de la ciencia-ficción es la de los universos paralelos. Javier Arnau especula, bellamente, con el qué pasaría si fuésemos capaces de dominar el espacio tiempo.

Desde aquel momento
ya no somos los mismos
que fuimos durante eones,
Eras eternas,
o eso nos pareció,
a quienes creímos
dominar el Tiempo y el Espacio.
Ese momento llegó,
fue la noche,
siempre la noche,
en la que los diferentes Universos
confluyeron en una única realidad.

Universos paralelos,
realidades alteradas
vidas trastornadas
y un proceso por seguir
cuya aleatoriedad
descomponga nuestros cuerpos
en meros receptáculos
de sinapsis y elementos químicos.
Reacciones,
un laboratorio de sustantividad
recreado en el centro
de un Universo Probabilístico,
un Cosmos de bolsillo
en la bata de un dios menor

Y desde aquel simple instante
toda nuestra materialidad cedió
a los ruegos,

infames pensamientos
de una realidad alterada
en la que creíamos ser
dioses de nuestra propia Verdad
y no supimos ver
que la Era de las Realidades
llegaba a su fin

Un simple momento
la Noche de las Realidades
alteró la existencia para siempre
y ya nunca más fuimos/seremos Nosotros.

© J. Javier Arnau

Javier Arnau, Puerto de Sagunto, Valencia. Editor de la revista digital [Planetas Prohibidos](#). Ha participado en varias antologías (relatos y poesías). Ganador del Ignotus 2010 por el poemario *Paraisos Cibernéticos* (con Carlos Sueiro). Ha publicado relatos, poesías, reseñas, artículos y entrevistas en varios medios ([Alfa Eridiani](#), [Anika entre libros](#), [Axxon](#), Pulsar, [Cosmocápsula](#), Cyberdark.net, etc), así como dos novelas compartidas, una de ellas publicada en Bélgica. Una relación exhaustiva de su obra se puede ver [aquí](#). Puede seguirse en su blog *Por Si Acaso: Previniendo Desastres* (<http://jjarnau1.blogspot.com/>).

REGRESO

por Raúl Alejandro López Nevado

La ciencia-ficción es especulación y la poesía sentimiento. Y aunque de entrada parezcan conceptos antagónicos, no lo son, puesto que sólo especulamos sobre los temas que en realidad nos importan, por los que sentimos algo, y cuando sentimos algo por un tema, especulamos sobre él. Raúl intenta aunar ambas características en la presente poesía

Bajó a las silenciosas laderas
donde antaño ardieran
las voluntades nucleares
que conquistaron el espacio.
Tantas veces había oído a sus padres
hablar de aquel lugar
que todo le parecía familiar,
un poco más frío
un poco más

solitario y muerto
a como lo imaginara;
pero las mismas líneas,
el mismo horizonte
con la mar helada
y la tierra yerma.

Así que fue aquí, pensó,
aquí donde los biones
se lanzaron al espacio
sin comprender que era
su perdición
lo que buscaban.

Tomó un puñado de arena
entre sus metálicas manos
y la dejó escurrirse entre sus dedos,
los ántropos habían regresado.
De nuevo la Tierra
conocería la civilización
pero ya nunca más
la de los humanos.

© Raúl Alejandro López Nevado

Raúl A. López Nevado empieza a ser un asiduo, y nos alegramos por ello, de esta revista. De hecho, tiene un cuento publicado en este mismo ejemplar. Al final del mismo, está su biografía.

ARTÍCULOS

III FESTIVAL DE TERROR, FANTASÍA Y CIENCIA FICCIÓN CELSIUS 232. AVILÉS, DEL 30 DE JULIO AL 2 DE AGOSTO DE 2014.

por Lola Robles

Este artículo fue escrito el 16 de agosto de 2014

En la presente entrega, Lola Robles nos da cuenta de la última celebración del *Celsius*, festival creado en el año 2012 y que se ha consagrado al género de la fantasía, lo maravilloso y, en menor medida, al terror y la ciencia ficción. Celebrado en la ciudad asturiana de Avilés, en esta ocasión el encuentro contó con la presencia de autores españoles de la talla de José Carlos Somoza, Susana Vallejo y Rodolfo Martínez, lo mismo que con escritores extranjeros, tales como Ian Watson y Lauren Olivier. Una de las partes más interesantes del texto de Robles es, sin duda, el cierre, donde recaba los consejos y reflexiones de los escritores invitados al *Celsius*.

Un festival con mucho éxito

El Festival Celsius 232 inició su andadura en 2012 de modo espectacular con la presencia de **George R. R. Martin**, el autor de la saga de fantasía épica *Canción de hielo y fuego*, más conocida ahora por su título televisivo *Juego de tronos*, que en realidad corresponde al primer volumen de la serie. He acudido a las tres ediciones del Celsius, aunque el año pasado sólo pude estar un



George R.R. Martin



día, y creo que este año ha superado incluso el éxito de la primera vez.

Dedicado sobre todo al género de la fantasía o de lo maravilloso, y en menor medida al terror y la ciencia ficción (se excluye el fantástico clásico, excepto cuando coincide con el terror) creo que las claves de su buena acogida son varias: la elección de una fecha y un lugar muy adecuados, una agenda repleta de actividades interesantes y la presencia de autores famosos españoles y extranjeros, pero también de otros menos conocidos que tienen la oportunidad de presentar allí sus obras. Sin duda la organización de un evento semejante requiere mucho tiempo, esfuerzo y desde luego dinero.

Gran parte del público es joven, venido de toda España, y también hay guajes de la propia Asturias en busca de la firma de su escritor favorito. Da gusto encontrar a tanta chavalería con afición por la lectura. Yo disfruté un montón al ver sus disfraces, cómo llenaban el auditorio de la Casa de Cultura, aplaudían a rabiar, y hasta hacían volteretas de puro contentos.

No se puede negar que generalmente al Celsius acudimos, jóvenes o no tanto, las personas muy aficionadas, apasionadas, adictas a estos géneros, los *frikis* en suma. Ello no quiere decir que no pueda acercarse otra gente con interés por ficciones cuya extrañeza considero un valor y no un factor de disuasión. Yo misma aprendo mucho cada año sobre autores desconocidos para mí y me pongo al día de las novedades editoriales.

Recomiendo incluso a quienes gustan de estos tipos de literatura pero no tienen personas con similares aficiones en su entorno, que vayan solos, porque estarán muy entretenidos con los actos del Festival y no echarán de menos la compañía. Siempre pueden pegar la hebra con otros asistentes. Más aún, mi consejo es que es mejor ir sola o solo que con alguien que no comprenda nuestro placer al tragarnos todas las actividades de principio a fin. De cualquier modo, los acompañantes con prejuicios tienen la alternativa de pasear por Avilés y acercarse a Oviedo o Gijón, que están a media hora.

El encanto de Avilés

Merece la pena el viaje a Avilés en pleno verano, sobre todo si vas desde Castilla o más al sur de la Península, donde, como dijo el escritor **Ian Watson** en el propio Festival, hace más o menos la misma temperatura que en la superficie de Venus, unos 600°.

Avilés es una localidad asturiana pequeña y tranquila, muy agradable para pasear. El casco antiguo contiene un interesante conjunto histórico-artístico, con palacios, casonas, iglesias, plazas, calles, parques. Hay oferta de alojamiento de todos los



niveles, desde el hotel de cinco estrellas donde se quedan los famosos hasta hoteles de tres estrellas y algún hostel y pensión. Eso sí, recomiendo reservar plaza con tiempo y llevar en la maleta un poco de todo, porque el clima es muy variable y en Asturias acostumbra a llevar la contraria al resto del país. Encontraremos muchos sitios para comer muy bien, o tomar unas tapas con sidra, vino o cerveza en terrazas al aire libre.

Todo esto que parece más propio de un folleto turístico lo explico, además de porque es cierto y útil, para que se compruebe que las personas aficionadas a los géneros no realistas no vivimos inmersas en nuestro mundo de fantasía, sino que también sabemos disfrutar de los placeres reales y concretos de la vida.

El Festival se concentra en la Casa de Cultura y en una Carpa de Actividades, en cuyo interior hay una zona para actos literarios, además de puestos de venta de libros, y el espacio donde firman los autores; hay carpas más pequeñas para los talleres infantiles. En una plaza aledaña se instalan casetas de madera también para la venta de libros.

Las actividades del Festival

Han sido cuatro días llenos de actividades: presentaciones de libros, editoriales y revistas; encuentros con autores, mesas redondas, entregas de premios, firmas de libros; talleres para niños, un taller de esgrima antigua, juegos de rol; y veladas musicales-literarias al final de la jornada a cargo del grupo «Hijos de Mary Shelley», que consisten en lecturas de textos con música o representaciones teatrales, incluso en una ocasión la lectura se hizo en el cementerio de Avilés, a partir de medianoche.

Presentaciones de libros, revistas, editoriales y de la próxima Hispacon

Uno de los primeros actos del Celsius fue la presentación de la próxima HispaCon (Congreso anual de Fantasía y Ciencia ficción), que este año sabíamos que se iba a celebrar del 6 al 8 de diciembre de 2014 en la localidad barcelonesa de Montcada i Reixac, de ahí su nombre, MIRcon.

Además, **Cristina Macía**, una de las organizadoras del Celsius, nos explicó que este verano va a presentarse la candidatura de Barcelona para ser la sede de la EuroCon de 2016.

Como ya he dicho, una de las actividades principales del Festival son las presentaciones de libros, tanto de autores españoles como extranjeros. Este año, el Celsius ha prestado un interés específico a la literatura infantil y juvenil de fantasía. Y como en anteriores ocasiones, han acudido especialmente escritores asturianos. Cuando los invitados son muy famosos, suelen hacerse también encuentros con ellos, para entrevistarlos y que el público les haga preguntas.

Se presentaron novelas, libros de cuentos, antologías, revistas, y asimismo nuevas editoriales, o se anunciaron los títulos nuevos de las editoriales ya consolidadas.



Cristina Macía

Entre las revistas quiero destacar *Presencia humana*, una curiosa publicación dedicada a la literatura extraña. O el fanzine de espada y brujería *Crónicas salvajes*.

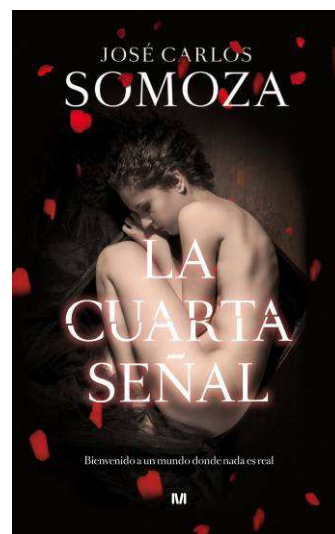
Conocimos varias antologías interesantes, como la colección de relatos distópicos *Mañana todavía*, de la que nos habló su seleccionador para la editorial Fantascy, **Ricard Ruiz Garzón**, junto a tres de los autores, **Susana Vallejo**, **Rodolfo Martínez** y **Emilio Bueso**. Otras antologías presentadas fueron *Ácronos*, de cuentos *steampunk*, editada por Tyrannosaurus Books e *Ignota*, por Palabra de Agua.

También vino **Alejandro Aguilar** de la editorial Extinta, un nuevo sello que ha comenzado con libros digitales. El propio **Aguilar** es uno de los autores, en concreto del título *El menor de la camada*. Estuve hablando con **Alejandro** y su esposa **Lola**, quienes tenían una caseta de libros, y me parecieron unas personas muy agradables, con auténtico interés por la literatura. Me explicaron que su idea ha sido presentar los libros electrónicos dentro de una carátula parecida a la de los DVD, con su portada, lo que da más sensación de llevarse un libro a casa y es mejor a la hora de regalarlo o de que se pueda escribir una dedicatoria... La editorial, que no descarta la posibilidad de hacer pequeñas tiradas en papel, está abierta a la recepción de originales.

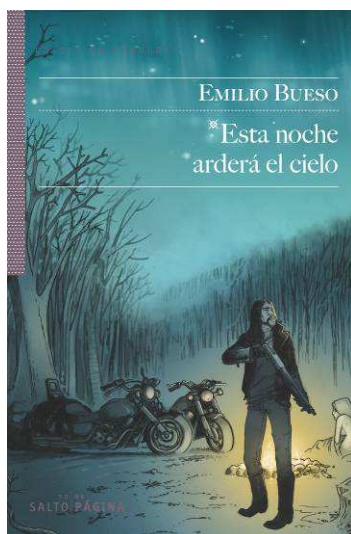
Los autores españoles

No voy a poder nombrar a todos los que acudieron al Celsius porque fueron muchos, así que me referiré sólo a aquellos escritores a cuyas presentaciones de libros asistí.

Estuvo **José Carlos Somoza** para hablarnos sobre su novela *La cuarta señal* (este escritor tiene una amplia trayectoria; para quien no lo haya leído, yo le recomiendo empezar con la deslumbrante *Clara y la penumbra*, una de las mejores ficciones prospectivas que he leído nunca). En *La cuarta señal* hay ciencia ficción, fantástico, cibernética, amor, intriga, conspiraciones, amenazas apocalípticas... Editada por Mino-tauro, quizás para recuperar el prestigio que ha perdido en los últimos años al publicar obras de calidad más que dudosa.



Rodolfo Martínez, escritor asimismo veterano y de obra también muy extensa, nos habló de su libro *Las astillas de Yavé*, novela en la que de nuevo salta las fronteras entre géneros, en una historia de intriga y fantástico urbano sobre sectas religiosas y religiones oficiales que también actúan como sectas, con una dura protagonista detective privada que cuenta con colaboradores muy originales. La obra aparece en el sello Fantascy. **Martínez** ha participado igualmente en las antologías *Ácronos 2* y *Mañana todavía*, además de ser el editor del sello independiente Sportula.

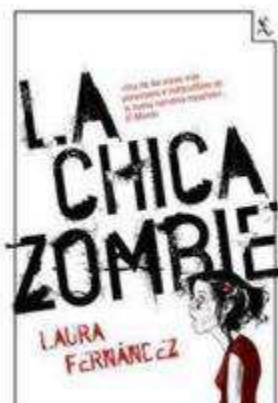


Emilio Bueso, un habitual últimamente en casi todos estos eventos, presentó sus dos nuevos libros, *Esta noche arderá el cielo* y *Extraños eones*, que leeré en cuanto pueda con gran interés, empezando por *Esta noche...*, cuya acción se sitúa en la transtaiga, una desolada e insensata carretera en el norte de Canadá, un tipo de paisaje que a mí me fascina. Personalmente, su novela *Cenital* me parece que, aunque interesante y bien escrita, ha sido sobrevalorada; para mí no alcanza la profundidad literaria y humana de obras como *La carretera* de **Cormak McCarthy** o *Ensayo sobre la ceguera* de **José Saramago**, donde están algunos de los temas que trata **Bueso**, aunque este se queda en la superficie de la violencia, en un mero efectismo que acerca más la historia a una de horror zombi o caníbal aderezados con imprecaciones sexuales para asustar a beatos.

Alfonso Zamora, creador de la saga *De Madrid al zielo*, protagonizada por zombis, fue otro de los autores asistentes, así como **Ricard Ruiz Garzón**, **José Antonio Cotrina**, **Gabriella Campbell**, **David Lozano**, **Javier Ruescas** o **Pedro Riera** (que además de abordar la fantasía con la novela juvenil *La leyenda del bosque sin nombre*, ha escrito antes dos libros realistas que me parecen muy interesantes sobre el conflicto en la ex-Yugoslavia, *Heridas de guerra* y *Un alto en el campo de los mirlos*).

Las escritoras

Dentro de este apartado voy a dedicar unos párrafos a algunas escritoras que acudieron al Encuentro, ya que uno de mis principales intereses de estudio y lectura desde hace años es la obra de las autoras españolas sobre todo de ciencia ficción. No son muchas las que cultivan este género, pues ellas, como bastantes autores varones, se dedican más a la fantasía. Es comprensible que unas y otros aborden más lo juvenil, infantil y lo maravilloso, porque comercialmente tiene mejor salida, y el vender más supone no solo un objetivo legítimo sino que ayuda mucho a que las editoriales los valoren mejor a la hora de nuevas publicaciones.



Vinieron al Celsius **Laura Fernández**, la autora de *La chica zombie*, que también ha escrito en la revista *Presencia humana*, antes reseñada. Y **Ana Campoy**, que presentó *Las aventuras de Alfred & Agatha*, serie de libros de aventuras de misterio protagonizadas por **Agatha Christie** y **Alfred Hitchcock** cuando eran jovencitos.

Sofía Rhei nos trajo sus libros *El joven Moriarty*, aquí el protagonista es el gran enemigo de Sherlock Holmes en sus años mozos, y *Olivia Shakespeare*, donde **Rhei** se inventa esa posible hermana del

dramaturgo británico que ya **Virginia Woolf** nos planteó en su magistral obra *Una habitación propia*. Ambos son libros juveniles. **Sofía**, que apareció cada día con distintos atuendos de lo más arrebatadores para los amantes de la fantasía, dirigió también talleres para el público infantil. Una de sus narraciones, en este caso de ciencia ficción, va a aparecer próximamente en *Terra Nova 3: antología de la ciencia ficción contemporánea*, colección de relatos de autores españoles y extranjeros que en sus dos anteriores volúmenes ha tenido un gran éxito y excelente calidad literaria. Siempre le digo a **Sofía** que es una pena que no escriba más ciencia ficción, pues cuenta con talento narrativo para ello, léase por ejemplo su relato *Calipso*, incluido en la antología *Más allá de Némesis*.

Felicidad Martínez nos habló de su novela *Horizonte lunar*, publicada por Sportula. Se trata de una narración donde se mezcla el *space-opera* y las ficciones cercanas a los juegos de rol, a los que **Martínez** ha sido aficionada durante años. Es una obra coral, aunque hay un personaje que destaca, la capitana de la nave que da título a la novela, una mujer que intenta sobrevivir en un duro y muy masculino mundo, de ahí que su comportamiento y su lenguaje sean muy parecidos al de ellos, los tripulantes del navío espacial. Es una historia llena de acción trepidante, y puede gustar a la gente joven y también adulta a la que agraden precisamente esos ritmos frenéticos y las narraciones al estilo *Star Trek*. Los personajes y la ambientación recuerdan bastante, como señaló **Sofía Rhei**, que presentó la obra, al mundo ficcional de la escritora estadounidense **C. J. Cherryh**. A mí personalmente me gusta más la novela corta de **Felicidad** *La textura de las palabras*, que ha formado parte de dos antologías, *Akasa Puspa* y *Terra Nova 2*. Y es que se trata de una historia durísima, escalofriante, sobre una sociedad en la que la separación entre mujeres y varones es drástica. Ideal para debates literarios.



Felicidad Martínez, Sofía Rhei y Lola Robles

Acudió asimismo **Susana Vallejo**, que ha participado con el cuento *Gracia* en la colección *Mañana todavía*, y ha reeditado su novela *Switch in the red*, que ahora puede encontrarse en formato digital en la plataforma Lektu. Recomendando especialmente esta novela. Ubicada en una Barcelona distópica, que nos resulta perturbadoramente cercana, la narración sabe crear su trama, está bien escrita, los personajes son creíbles, y vemos, en ese futuro, nuestro propio presente, la crisis, la precariedad laboral, las precariedades también de nuestra mente, las revueltas urbanas. De todas las novelas de ciencia ficción que he leído en los últimos tiempos, esta es de las que más me han gustado, porque además no es nada pretenciosa, lo que me parece una gran virtud frente a ciertas grandilocuencias que al final se quedan en nada. **Vallejo** tiene mucho talento literario y sería magnífico que siguiera escribiendo ciencia ficción.

Gabriella Campbell también estuvo en el Celsius en compañía de **José Antonio**

Cotrina con quien ha escrito la novela *El fin de los sueños*, ciencia ficción dirigida a un público juvenil. **Campbell** ha sido editora en otros momentos, y escribe también poesía, circunstancia esta última que curiosamente se da en otras escritoras españolas que cultivan los géneros no realistas.

Me gusta conocer personalmente a estas autoras, y tengo la suerte de haberlo logrado hasta ahora con bastantes. Eso solo tiene el inconveniente de que luego te resulta más difícil hacer críticas negativas.

En fin, aguardaré con expectación el resultado de la antología-concurso para escritoras en español *Alucinadas 2014*, promovida por **Cristina Jurado** y **Cristina Macía** (<http://masficcionequencia.com/2014/04/24/alucinadas-2014-antologia-de-relatos-de-ciencia-ficcion-escritos-por-mujeres/>). Añado que me parece una gran idea, un proyecto que desde siempre me hubiera gustado realizar a mí. Me alegro de que al fin se haga. Habrá polémica al respecto sin duda, así que echaré un poco de leña al fuego: creo que esta antología es necesaria porque, independientemente de que por supuesto deban existir antologías mixtas, me da la impresión de que a las autoras nos resulta bastante difícil triunfar en los concursos de ciencia ficción existentes; a los datos me remito. Me parece que no se debe a que escribamos peor, pues la madurez literaria es un objetivo a alcanzar por toda la ciencia ficción española, más allá del género de sus creadores. Será por otra cosa.

Los autores extranjeros

No obstante la presencia de muchos escritores españoles, algunos de ellos muy conocidos y que incluso en ocasiones escriben muy bien, no cabe duda de que el plato fuerte del Celsius, una de las claves de su éxito, es el encuentro con autores extranjeros, pesos pesados, estrellas o superestrellas de la fantasía, la ciencia ficción o el terror. Son ellos los que atraen largas colas de gente en busca de sus firmas y quienes llenan la sala del auditorio.

Ian Watson, escritor británico de ciencia ficción residente en España, con un buen número de obras a su espalda, entre ellas la magnífica *Empotrados*, que por tratar sobre el lenguaje me interesó especialmente, presentó su libro digital de cuentos *Marte, Stalin y enanos gigantes*, en Palabristas Press, que puede conseguirse a través de la plataforma Lektu. **Watson** habló con gran ingenio y humor sobre estas historias suyas que sin duda merece la pena leer porque nos harán pasar un buen rato.

También estuvo invitado el autor estadounidense **Tim Powers**, conocido sobre todo por *Las puertas de Anubis*, una de las novelas que iniciaron el subgénero del steampunk, y *En costas extrañas*. **Powers** habló mucho y bien, y trajo en esta ocasión dos nuevos volúmenes, los relatos de *Tiempo de sembrar piedras* y la novela *Ocúltame entre las tumbas*. Nos explicó cómo ambienta sus obras, situándolas en épocas y lugares concretos de nuestro mundo, cuidando mucho los detalles realistas para poder introducir luego los elementos sobrenaturales y que sean mejor aceptados

por los lectores; siempre tiene que hacer un importante trabajo de documentación.

Quiero mencionar también la magnífica labor de traducción que hizo, tanto con **Powers** como con los demás autores extranjeros, **Diego García**, organizador del Celsius junto con **Cristina Macía**, **Jorge Iván Argiz** y **Alejo Cuervo**, este último editor de Gigamesh.

Escuchamos asimismo con mucho interés a la escritora estadounidense **Lauren Oliver**, cuya literatura se dirige a jóvenes adultos y tiene elementos de terror. **Oliver**, bastante joven, curiosamente es hija de un escritor también, especialista en ficciones de asesinos en serie. Me resultó interesante su resumen y comentario de sus obras cuyas tramas transcurren en institutos; nos dijo que ella considera que los grupos humanos, jóvenes o adultos, detectan bien pronto cuál es el eslabón más débil en un colectivo, y lo atacan sin piedad. Desde luego, la experiencia en un instituto puede tener cosas muy buenas pero también verdaderamente terroríficas. Me quedé pues con muchas ganas de leer a **Oliver** y comprobar cuánto me perturban sus novelas.

Contamos asimismo con el británico de ascendencia polaca **Adrian Tchaikovsky**, que escribe literatura juvenil, y **Dmitry Glukhovsky**, autor ruso de novelas de ciencia ficción, que vino a hablar de su nueva obra *Futu.re*, donde imagina un porvenir en el que los seres humanos han logrado la inmortalidad pero esa supuesta situación ideal no lo es tanto. **Glukhovsky**, cuyas novelas anteriores, *Metro 2033* y *Metro 2034* tuvieron muy buena acogida por parte del público aficionado a la ciencia ficción, estuvo en el Celsius hace dos años y tanto entonces como ahora me gustó mucho escucharle hablar porque es un hombre inteligente y lúcido, muy crítico con la situación de su país y mundial.

Y por último disfrutamos de varias superestrellas. Una de ellas fue **Joe Abercrombie**, el autor de la trilogía *La Primera Ley*, y de *Los héroes*, que aquí presentaba *Tierras rojas*; no he leído nada de la fantasía «realista» y muy dura de este autor pero lo he apuntado en mi lista de prioridades, sobre todo tras leer una reseña sobre su obra en el blog El Fantascopio: (<http://elfantascopio.com/?tag=joe-abercrombie>).



Patrick Rothfuss

Brandon Sanderson, fue otro invitado ilustre, no puedo decir mucho, porque quizás tuvo un menor peso frente a los otros autores, aunque se le presentó como un magnífico escritor.

Patrick Rothfuss, la tercera superestrella, es un estadounidense que ha logrado la fama con las dos novelas de fantasía *El nombre del viento* y *El temor de un hombre sabio*, las cuales forman parte de una serie que continuará. **Rothfuss** vino a firmar también *La Princesa y el señor Fu: la cosa de debajo de la cama*, que, como él mismo dijo y consta además en la contraportada, «no es un cuento para niños», debido a sus elementos de terror.

Con su larga barba y su pantalón corto, se convirtió en el triunfador del Festival y como prueba el público que atrajo en el firmódromo y en el auditorio.

En general he de decir que me gustaron mucho casi todos los autores extranjeros. Su discurso estuvo lleno de humor pero sin esa zafiedad que a veces se da en los españoles cuando intentamos mostrarnos coloquiales. Los estadounidenses son capaces de hablar de dinero con tanta ironía como naturalidad, y también son cultos, no solo hablan del libro que presentan («mi libro, mi libro») sino de literatura, de técnicas, de otros autores, de sus comienzos en la escritura, de cómo se documentan. En ese sentido deprime un poco la comparación con muchos de los autóctonos, cuyas presentaciones a veces resultan un tanto infantiles.

Un tema que como ya he dicho trataron estos escritores fue el necesario trabajo de documentación para escribir sus libros, porque consideran que la fantasía actual debe ser más cercana a la realidad, más creíble, verosímil, y la ficción debe tener coherencia interna, mostrarse como un todo integrado. Su punto de partida es que ya no pueden ni quieren escribir una fantasía como la de **Tolkien**, lo cual no niega en absoluto el valor y la maestría de esta, sino más realista.

La última mesa redonda, a la que asistieron **Rothfuss**, **Abercrombie** y **Sanderson**, fue una verdadera apoteosis con el público que abarrotaba la sala aplaudiendo a rabiar.

Famosos en el firmódromo

Los autores que presentan libros los firman después en un espacio de la Carpa de actividades, conocido como el «firmódromo». Cuando vienen superestrellas como **George R. R. Martin**, el primer año, o esta vez **Patrick Rothfuss**, **Tim Powers**, **Joe Abercrombie**, **Lauren Oliver** o **Brandon Sanderson**, se forman largas hileras de gente para guir la firma, a veces hay que pedir número desde primera hora de la mañana, o anochece antes de que terminen de atender a todos los que han logrado obtener número. Con lluvia o con sol, los fans no se rinden. Hacer cola forma parte también del val. La gente de Avilés alucina, pero poco a poco se va a acostumbrando, Imagino que quienes han esperado largo rato tendrán ganas luego de tomarse una cervecita.



El próximo Festival

En una de las actividades del Festival y mientras venía el autor que iba a presentar su libro, **Cristina Macía**, con su ironía peculiar, estuvo charlando con el público y nos preguntó quién nos gustaría que fueran los próximos autores extranjeros invitados al Celsius. Cada cual dio su opinión; yo gunté por la posibilidad de traer a mi admirado **China Miéville**. **Macía** dijo que la mejor manera de conseguirlo sería que otro autor que ya haya estado en el Celsius le

contara a **Miéville** lo bien que se pasa en Avilés.

Desde aquí reitero mi propuesta. **China Miéville** es uno de los mejores escritores de fantasía de ahora y de siempre, y de una fantasía adulta, madura, de calidad y con contenidos muy interesantes, también en lo ideológico.

Después del Celsius

Suelo quedarme un día más después de acabado el Festival, para descansar y prolongar mis vacaciones. Aunque siempre merece la pena dar un paseo por Avilés, se nota como un vacío, un poco de tristeza y mucho de nostalgia, igual que al terminar un buen libro que te ha atrapado por completo. En fin, habrá que pensar que ya queda menos para el Celsius 2015.



Reflexiones, comentarios y frases lúcidas, divertidas o curiosas de los escritores que han participado en el Celsius

Esta es una selección de frases, reflexiones y comentarios que escuché en el Celsius y me gustaron. No son citas literales, pero he intentado respetar al máximo el sentido de lo que se dijo.

Patrick Rothfuss dijo que la literatura no es química sino alquimia.

Lauren Oliver afirmó que lo importante para ella era llevar una vida fiel a sí misma. Y que si la vida fuese una carrera de caballos, su objetivo no sería nunca llegar la primera.

Patrick Rothfuss piensa que si quieres convertirte en escritor no puedes pretender vivir con todo tipo de comodidades porque para conseguirlas necesitarás un trabajo que te llevará muchas horas y no te dejará tiempo para escribir.



Lauren Oliver

Lauren Oliver comentó que la forma en que se redactaban antes las ficciones con una máquina de escribir y el modo en que se hace ahora son muy diferentes. Cuando se transcribía con máquina, era muy trabajoso hacer correcciones o cambiar algo, porque había que repetir páginas enteras, con lo cual quien escribía se lo pensaba muy bien. Sin embargo ahora, con el ordenador, se redacta de manera muy distinta, ya que se puede corregir, cambiar, añadir, eliminar, intercalar... La construcción de un texto suele ser así más caótica.

David Lozano dijo que la ilusión de publicar puede ser mala consejera, que lo importante es aprender a escribir bien.

Alguien cuyo nombre no recuerdo afirmó que hay Diógenes literarios, que se bajan muchos libros de Internet en versiones piratas y los acumulan pero luego no los leen.

Patrick Rothfuss explicó que en sus primeras ficciones apenas había personajes femeninos o eran muy estereotipados, como ocurre en el caso de **Tolkien**. Pero las feministas le habían enseñado a incluir mujeres, más activas y complejas, y ahora considera que la igualdad entre estas y los varones se producirá solo cuando en las ficciones aparezcan mujeres tan horribles como pueden serlo ellos.

Tim Powers contó que a veces le han preguntado qué le parece lo que el cine ha hecho con alguno de sus libros (la serie de películas *Piratas del Caribe* se basa en parte en su novela *En costas extrañas*). En esos casos **Powers** toma el libro de la estantería, lo muestra y responde: «No han hecho nada con mi libro, ¿no ves? Está igual, no le ha pasado nada». Se siente muy contento de que Hollywood compre los derechos de sus novelas para hacer películas. Y no le importaría que filmaran con ellas versiones musicales protagonizadas por hámsteres bailarines.



Patrick Rothfuss nos aconsejó: «¡haced copias de seguridad!».

A lo largo de todo el Festival y por diversos participantes se repitió la idea de que es muy difícil ganarte la vida escribiendo, eso lo logran muy pocos, hay que escribir por pasión.

Patrick Rothfuss dijo que era mejor no intentar saber de antemano qué va a pasar al final de una novela o en el próximo volumen de una saga: porque leer por primera vez una historia es como el primer beso, puede que después haya otros mejores, pero como el primer beso no habrá ninguno.

© Lola Robles

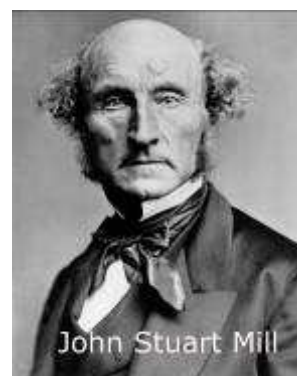
Madriileña, nacida en 1963. Es filóloga hispánica, escritora y una apasionada de la literatura. Desde 2006 imparte el taller Fantástikas de lectura y debate de textos, sobre todo de escritoras. Es coautora, junto a M^a Concepción Regueiro, de *Historias del Crazy Bar y otros relatos de lo imposible*, Stonewall, 2013. También ha publicado tres novelas de ciencia ficción en solitario: *La rosa de las nieblas*, *El informe Monteverde* y *Flores de metal*.

PELÍCULAS IMPRESCINDIBLES DEL CINE DISTÓPICO DE CIENCIA-FICCIÓN (I)

por José Ramón Vila (Txerra)

La distopía es aquél subgénero de la ciencia-ficción que nos presenta un mundo que no es precisamente el mejor de los posibles. El cine ha sido propicio a este subgénero y Txerra en su artículo, que hemos dividido en tres partes por razones editoriales, nos presenta aquellas películas que son imprescindibles. En él leeremos sobre estados que se han convertido en totalitarios y hacen infelices, de una u otra forma, a sus ciudadanos, o sobre mundos devastados por el apocalipsis nuclear, vírico o medioambiental. Se incluye en este último epígrafe los mundos sometidos a la hambruna y en los que el Estado debe buscar algún tipo de solución poco aceptable. Y hasta aquí puedo leer.

En primer lugar, una advertencia: no pierdan el tiempo buscando el significado de *distopía* en el DRAE. Aunque parezca mentira, este término de uso muy común, sobre todo entre los aficionados al género de la Ciencia-Ficción, no existe para la Real Academia Española de la Lengua. Así que habrá que indagar por otros lares. Según la Wikipedia (que a su vez bebe sus fuentes del Oxford English Dictionary) el término fue acuñado a fines del siglo XIX por **John Stuart Mill**, quien también empleaba el sinónimo creado por **Jeremy Bentham**, *cacotopía*, al mismo tiempo. Ambas palabras se basaron en el término *utopía*, entendido como eu-topía o lugar en donde todo es como debe ser. De ahí, entonces, se deriva distopía, como un lugar donde no ocurre tal cosa.



Si acudimos al *Diccionario del español actual* de **M. Seco**, éste define el término *distopía* como una «situación imaginaria en que todo es lo peor que puede ser». Se crea como negación de *utopía*, «plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación», mediante la anteposición del prefijo «dis-».

Por otro lado, no debemos olvidar que la distopía no es exclusiva de la Ciencia-Ficción, siendo en ésta un subgénero.

Entonces tenemos que distopía es un antónimo de utopía (o anti-utopía) y por tanto se usa básicamente para hacer referencia a una sociedad ficticia, con frecuencia emplazada en un futuro cercano, siempre controlado por la tecnología, donde las clases dirigentes conducen a la sociedad hacia la dictadura y al totalitarismo, llegando a extremos apocalípticos. La utopía sin embargo, transcurre en épocas y lugares remotos, es decir, fuera de nuestro tiempo, proponiendo un modelo de sociedad que

se basa en el deseo humano de perfección material y espiritual. Pero claro, las utopías, por definición, deben ser inalcanzables y sus objetivos irrealizables por lo que resulta que lo utópico siempre se queda en el deseo de ponerlo en práctica. Por el contrario, la distopía implica la superación del modelo, desbancado por la realidad moderna.

Tenemos que tener en cuenta también, que las distopías guardan mucha relación con la época y su contexto socio-político. Si algunas distopías de la primera mitad del siglo XX nos advertían de los peligros del control social a través del socialismo de estado, de la evolución de las democracias liberales hacia sociedades totalitarias o del consumismo, en las más recientes encontramos obras de Ciencia-Ficción ambientadas en un futuro cercano denominadas *ciberpunk*. Los argumentos de este subgénero giran en torno a la dominación global de las grandes multinacionales capitalistas, las cuales tienen altos grados de sofisticación tecnológica y carácter represivo.

Aunque ambos términos están bien delimitados, con frecuencia se confunden utopías con distopías, catalogando ciertas películas y novelas en el género utópico, como ya sabemos, un mundo idealizado en donde la sociedad vive en paz y los problemas desaparecen, cuando la trama finalmente suele derivar por vericuetos distópicos, es decir, apocalípticos, con sociedades dominadas con mano férrea, controladas frecuentemente con ayuda de una omnipresente tecnología y que terminan por desembocar en la sublevación de dichas sociedades contra el poder establecido.

Por otro lado la distopía nos advierte sobre los riesgos de la manipulación mediática o política, derivando en muchas ocasiones en ficciones postapocalípticas. Sé que algunos discreparán, pero a mi juicio la distopía, es un subgénero tan amplio que a su vez contiene otros subgéneros en su seno. Dentro de estos subgéneros habría que incluir gran cantidad de películas (no digamos ya de novelas) sobre el fin del mundo o de post-holocaustos provocados por un sin fin de causas, entre ellas las catástrofes de tipo natural o cósmico, como pudiera ser el impacto de un meteorito o cambios en el Sol o, mucho más frecuente, un mundo en el que la humanidad se ha encaminado a su autodestrucción, ya sea mediante una guerra nuclear, una plaga, una combinación de problemas (crisis económicas, superpoblación) e incluso por el uso de alguna tecnología descontrolada. Exploraré algunas de ellas (sólo unas pocas representativas) a lo largo de éste artículo.

Por último, me veo en la obligación de advertir que es muy posible que se encuentren los llamados «spoiler» (datos que desvelan la trama) en algunas de las películas tratadas en este artículo. Realmente, es muy difícil analizar una película desde el punto de vista de la distopía sin evidenciar partes significativas del argumento. Así que, si no han visto alguna de las películas referenciadas, es muy recomendable que primero la vean.

Aquí queda dicho.

METROPOLIS

Ficha técnica y artística:

Dirección: Fritz Lang

Año: 1927

Producción: Erich Pommer

Guión: Fritz Lang, Thea von Harbou

Música: Gottfried Huppertz

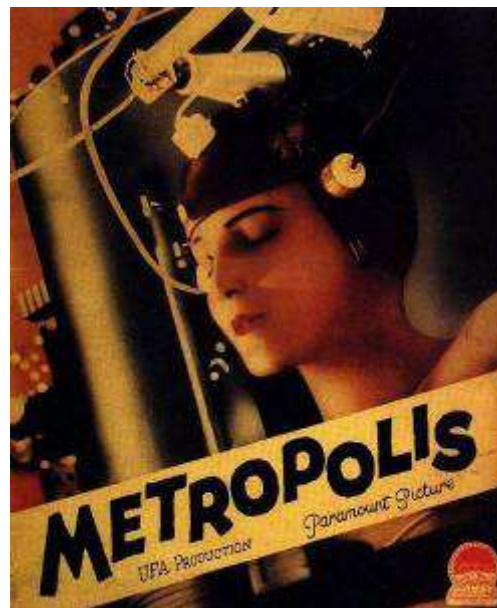
Fotografía: Karl Freund, Günter Rittau y Eugene Schüfftan

Efectos especiales: Eugen Schuefftan

Reperto: Brigitte Helm (María/robot), Alfred Abel (John Fredersen), Gustav Frölich (Freder Fredersen), Rudolf Klein-Rögge (Rotwang), Heinrich George (Grot), Theodor Loos (Joseph), Erwin Bisbanger (n° 11811)

País: Alemania

Compañía Productora: UFA Distribución



Y como no, es de rigor comenzar este viaje cinematográfico con la película *Metrópolis*, de **Fritz Lang**. Aclamada como obra maestra por unos y todo lo contrario por otros, aquí sólo vamos a hacer referencia a dos comentarios de la época, ambos desfavorables, pero rigurosamente válidos: para **H.G. Wells**, *Metrópolis* sería «la película más boba jamás realizada»; el segundo comentario es del propio **Fritz Lang** que hablaría de su película como «un trabajo tan espectacular en la forma, como endeble en su contenido».

Sin entrar de lleno en el fondo del asunto, la cinta contiene todos los ingredientes del género distópico. Corre el año 2026, los obreros de la ciudad de *Metrópolis* viven y trabajan bajo tierra en duras condiciones. Intentan sublevarse y *María* (**Brigitte Helm**) les da esperanzas hablándoles de un futuro mejor. *Freder Fredersen* (**Gustav Frölich**) se enamora de *María* y le acompaña hacia el mundo interior donde descubre las pésimas condiciones de la gente que vive allí. El presidente, amo de la ciudad, secuestra a *María* y ordena al científico *Rotwang* (**Rudolf Klein-Rögge**) que haga un robot con las facciones de *María* para que conduzca a los obreros hacia una rebelión suicida. *Freder* logra liberar a *María* y termina siendo el mediador entre los obreros y su padre.



Lang muestra un pesimista futuro como consecuencia de la revolución tecnológica y de la diferenciación entre clases sociales, considerando a los estamentos sociales más bajos como esclavos del subsuelo al servicio de los más privilegiados: los capitalistas mandatarios de la superficie. *Metrópolis* relaciona íntimamente la era de la industrialización con los gobiernos totalitarios y la deshumanización

general del mundo.

Sea como fuere, es indudable que *Metrópolis* tuvo cierta influencia sobre el cine fantástico posterior, exponiendo toda la fuerza de su contenido crítico y la novedosa para la época, estética visual y puesta en escena. Baste decir que el reparto llegó a la formidable cifra de ¡treinta y siete mil trescientas ochenta y tres personas entre actores y figurantes! A ello hay que añadir una magistral combinación de escenarios reales y maquetas a cargo del mago de los efectos especiales **Eugen Schüfftan** (más tarde se le conocería a este tipo de montajes como el *efecto* Schüfftan. Y además presenta el primer robot, mujer robot para ser exactos, de la historia del cine.

Por último mencionar que en 1983, el músico **Giorgio Moroder** realizó su propio montaje sobre *Metrópolis*, en la cual incluyó diversas escenas coloreadas, además de una banda sonora en la que participaron cantantes como **Adam Ant**, **Jon Anderson**, **Bonnie Tyler**, **Pat Benatar** y **Freddie Mercury** (recordar que *Queen* se inspiró en esta película para realizar el videoclip de la canción *Radio Ga Ga*), además de añadir diálogos superpuestos en las escenas en lugar de los carteles entre planos propios de la época.

LA HORA FINAL (ON THE BEACH/EN LA PLAYA)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Stanley Kramer

Año: 1959

Producción: Stanley Kramer

Guión: John Paxton, basado en la novela de Nevil Shute

Música: Ernerst Gold

Fotografía: Giuseppe Rotunno

Efectos especiales: Lee Zabitz

Reparto: Gregory Peck (Comandante Dwight Towers), Ava Gardner (Moirra Davidson), Fred Astaire (Julian Osborn), Anthony Perkins (Teniente Peter Holmes), Donna Anderson (Mary Holmes), John Tate (Almirante Birdie)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Lomitas Productions



Esta probablemente sea la primera película en la que se trata abiertamente el tema de un apocalipsis, consecuencia de una guerra nuclear (más tarde llegarían títulos como *Pánico Infinito* de **Ray Milland**, *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* –*Dr. Strangelove* en el original– de **Stanley Kubrick** o *Fail Safe* de **Sidney Lumet**). No ha de pasar desapercibido el contexto de la época en el que se realizó la película: en plena guerra fría, la política de bloques, la bipolaridad y la disuasión nuclear de las superpotencias, con la ansiedad generalizada por la carrera armamentista y el peligro de un holocausto atómico. Como era de esperar, en el cine también empezaban a asomar a través del género los descomunales e imaginativos monstruos gigantes

mutados como consecuencia de la radiación nuclear.

En este film nos encontramos en un 1964 alternativo, en el que todo el hemisferio norte ha sido arrasado por la guerra nuclear. Un breve intercambio de misiles ha devastado el hemisferio Norte, acabando con la vida humana, pero, aunque las bombas atómicas se han limitado a esa mitad de la Tierra, la atmósfera está llena de cenizas radiactivas que las corrientes de aire arrastran lenta e inexorablemente hacia el hemisferio Sur. La única parte del globo todavía habitable, aunque por breve tiempo, es Australia.

Un submarino norteamericano, el *Sawfish*, llega al que se supone es el único lugar habitado de la Tierra que no ha sido afectado aún por la radiación: Melbourne. Allí la vida transcurre bucólica, casi rutinaria procurando ser ajenos al desastre. Sin embargo, los daños son irreparables y los hechos inevitables: tarde o temprano la radiación y las nubes tóxicas cubrirán todo el planeta.

El eminente científico *Julian Osborne* (**Fred Astaire**) sostiene la teoría de que, en las cercanías del Océano Ártico, la radiación podría ser menor que en otras latitudes y ofrecer alguna posibilidad de supervivencia. El comandante *Dwight Towers* (**Gregory Peck**) recibe la misión de medir los niveles radiactivos por encima del



Fred Astaire en una de las escenas de *La hora final*

Ecuador, con la esperanza de que, por algún remoto milagro, las lluvias y nevadas hayan disminuido el nivel de polución nuclear de la atmósfera terrestre. Además quieren descubrir quien envía sin cesar misteriosos e incomprensibles mensajes telegráficos desde la ciudad de San Diego.

El comandante y su tripulación deberán partir a bordo del *Sawfish* en un viaje desesperado, con sus propias inquietudes y esperanzas sobre la situación de sus más allegados, así como el futuro de su propio país y de toda la humanidad.

En *La hora final* encontramos escenas de profundo sentimiento en donde vivimos el desesperanzado drama de una pareja, el teniente de navío de la Armada australiana *Peter Holmes* (**Anthony Perkins**) y su joven esposa *Mary* (**Donna Anderson**) con su bebé; o la impactante decisión de un marinero, *Ralph Swain* (**John Meillon**), que decide terminar su vida fuera del submarino para pasar las últimas horas de su vida en una vacía y desolada ciudad de San Francisco contaminada por la radioactividad... Son los últimos instantes, *La hora final* de la humanidad.

Ya no habrá utopía ni distopía porque no existirá la humanidad, y en el profundo vacío y desazón que nos deja el crudo final de la película, mientras vemos pasar los créditos, quedan para nuestra reflexión algunas preguntas: ¿Y ahora qué? ¿Quién ganó la guerra y para qué le sirve esta paupérrima «victoria»?

ALPHAVILLE

Ficha técnica y artística:

Dirección: Jean-Luc Godard

Año: 1965

Guión: Jean-Luc Godard, sobre historia propia y mando el personaje creado por Peter Cheney

Música: Paul Misraki

Fotografía: Raoul Coutard (B&W)

Efectos especiales:

Reparto: Eddie Constantine (Lemmy Caution), Anna Karina (Natasha Von Braun), Akim Tamiroff (Henry Dickson), Howard Vernon (Profesor Von Braun / Leonard Nosferatu), Jean-Andre Frechi (Profesor Eckel), Jean-Louis Comolli (Profesor Jeckel)

País: Francia

Compañía Productora: Coproducción Francia-Italia; Athos Films / Chaumiane / Filmstudio



En esta película nos encontramos de nuevo con la utopía de lo que podría ser pero no es; una utopía *truncada*. A la manera de 1984 de **George Orwell** o *Un mundo feliz* del escritor **Aldoux Huxley**, aquí también tenemos a una sociedad futura con características totalitarias, donde es obligatorio sacrificar la libertad y los sentimientos para conseguir la felicidad y el bien común.



Pero *Alphaville* no es una película de Ciencia-Ficción al uso. Desde su personalismo, **Jean-Luc Godard** opta por una estética de cine negro, donde la tecnología brilla por su ausencia, siendo únicamente representada por la *Alphaville 60*, una *inteligencia artificial computarizada* que se expresa de forma asmática. A pesar de que durante la trama se hace alusión muy a menudo a viajes interestelares, la tecnología está prácticamente ausente: los vehículos y edificios son comunes y corrientes de la época (los 60's), alejados de cualquier tipo de vanguardismo. Tan patente es la absoluta carencia de tecnología, que apenas existen máquinas que sirvan al hombre, sino más bien hombres sumisos al servicio de los hombres. La película ya nos lo advierte en su inicio: *Una extraña aventura de Lemmy Caution*. Y además *surrealista*, añadiría yo.

La trama no es demasiado complicada: el agente secreto *Lemmy Caution* (**Eddie Constantine**) es enviado a la lejana galaxia de *Alphaville*, con la misión de encontrar a su predecesor, *Dickson* (**Akim Tamiroff**), y de traer consigo (o eliminarlo, si se niega) al profesor *Von Braun* (**Howard Vernon**).



Eddie Constantine

Pero *Lemmy Caution* no tarda en descubrir que **Alphaville** no es un planeta normal. En primer lugar, el extraño comportamiento de los habitantes, que parecen autómatas de carne y hueso, carentes de emociones. A medida que avanza en sus pesquisas averigua que los científicos y los ingenieros han aniquilado toda espiritualidad posible y un ordenador gigante, el *Alphaville 60*, creado por *Von Braun*, impone una ley basada en su lógica artificial; por tanto están prohibidas las actitudes o comportamientos que no sean absolutamente lógicos y racionales...

En este *orden lógico*, las mujeres son frías y sumisas, a los diccionarios se les llama biblias, la poesía está prohibida y también están vetadas las palabras «por qué», «amor» o «llorar»... A los «criminales» que utilizan estas u otras palabras no incluidas en la biblia/diccionario, o se salen fuera de las directrices del sistema, creyendo en el amor y la conciencia, son fusilados, cayendo en una piscina y terminando apuñalados por un equipo de nadadoras sincronizadas (muy rebuscado, lo sé).

Entre idas y venidas intentando salvar todo este intrincado y desconcertante *statu quo*, a *Lemmy Caution* aún le queda tiempo para enamorarse de *Natasha* (**Anna Karina**), la hija de *Von Braun*, quien desconoce su verdadera identidad y misión. *Lemmy Caution*, finalmente, decide acabar con la tiranía del régimen, y destruir al profesor y al cerebro cibernético.

FAHRENHEIT 451

Ficha técnica y artística:

Dirección: François Truffaut

Año: 1966

Producción: Lewis M. Allen

Guión: François Truffaut & Jean-Louis Richard, basado en la novela de Ray Bradbury

Música: Bernard Herrmann

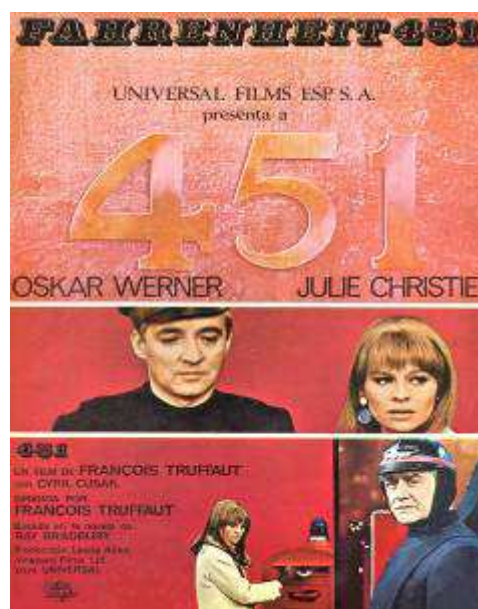
Fotografía: Nicolas Roeg

Efectos especiales: Bowie Film, Rank Films Processing Division, Charles Staffel

Reparto: Julie Christie (Clarisse / Linda Montag), Oskar Werner (Guy Montag), Cyril Cusack (El Capitán), Anton Diffring (Fabian / Headmistress), Jeremy Spenser (Hombre con la Manzana), Alex Scott (Hombre libro: *The Life of Henry Brulard*)

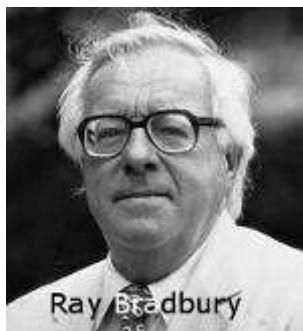
País: Reino Unido

Compañía Productora: Universal Pictures & Enterprise-Vineyard Production



A estas alturas, no descubrimos nada nuevo diciendo que estamos ante el paradigma de las distopías en el cine de Ciencia-Ficción.

Fahrenheit 451 es una adaptación de la novela homónima de **Ray Bradbury**, maestro indiscutible del misterio de género fantástico, terror y Ciencia-Ficción. En esta novela se ven reflejados muchos de los temores presentes en la sociedad estadounidense de los años cincuenta. Hay que tener en cuenta el contexto de la época, en plena guerra fría y el consiguiente miedo a una guerra nuclear, así como una sociedad convulsionada por el racismo y la censura.



Ray Bradbury

La película nos sumerge en un mundo superpoblado y violento, con una sociedad que prohíbe a los individuos pensar libremente, y donde la gente se somete continuamente a los omnipresentes aparatos de televisión como único medio de información. En la ciudad de Rodiers, los libros están prohibidos por el gobierno pues hacen a las personas tener su propio razonamiento y sentimientos. La situación se convierte en una gran paradoja, pues son los propios bomberos los encargados de perseguir a toda costa a los delincuentes que atesoran los libros, y de quemar cualquier obra escrita incluso a costa de la vida de los que osan infringir las leyes. De aquí el título *Fahrenheit 451*, pues es precisamente la temperatura a la que arde el papel.

Guy Montag (**Oskar Werner**), un disciplinado bombero encargado de quemarlos,



se destaca entre sus demás compañeros, motivo por el que va a ser ascendido. Camino de su casa conoce a una revolucionaria maestra, *Clarisse* (**Julie Christie**), que le confiesa que lee y le invita a leer los libros que quema. *Montag* comienza a sentir curiosidad por los libros y se los empieza a llevar a su propia casa para leerlos.

Finalmente, *Montag* es delatado por su propia mujer, pasando de cazador a presa. Convertido en un fugitivo, se ve obligado a dejar atrás una vida privilegiada, con su alto cargo en los bomberos, convirtiéndose en el paladín de la libertad intelectual, defendiendo las ideas y luchando por ellas para que todas las personas futuras pudieran conocer lo que decían los libros.

Por esto, un grupo de exiliados escondidos en un bosque han tomado como única solución aprenderse cada uno un libro de memoria, convirtiéndose de esta forma en textos andantes. La tragedia llega cuando una de estas personas muere, pues con él

muere también una parte valiosa del saber de la humanidad.

La película, a pesar de haber envejecido formalmente, refleja un discurso de denuncia que continúa plenamente vigente hoy en día. El *adoctrinamiento político*, la censura y la telebasura continúan copando aún hoy en día los salones de nuestras casas.

EL PLANETA DE LOS SIMIOS (*PLANET OF THE APES*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Franklin J. Schaffner

Año: 1968

Producción: Mort Abraham y Arthur P. Jacobs

Guión: Michael Wilson y Rod Serling del libro de Pierre Boulle

Música: Jerry Goldsmith

Fotografía: Leon Shamroy

Efectos especiales: L.B. Abbot, Art Cruickshank, Emil Kosa Jr. y Wah Chang

Reparto: Charlton Heston (George Taylor), Roddy McDowall (Aurelio), Kim Hunter (Zira), Maurice Evans (Doctor Zaius), James Whitmore (Presidente de la asamblea), James Daly (Honourious), Linda Harrison (Nova), Robert Gunner (Landon), Lou Wagner (Lucius), Woodrow Parfrey (Maximus), Jeff Burton (Dodge), Buck Kartalian (Julius), Norman Burton (Líder de caza), Wright King (Doctor Galen), Paul Lambert (Ministro).

País: Estados Unidos

Compañía Productora: 20th Century Fox



Nos encontramos ante una indiscutible película de culto, que reúne todos los ingredientes distópicos que nos ocupan: un marco apocalíptico, con una sociedad opresiva controlada con mano férrea y que finalmente termina desembocando en la consiguiente sublevación social. Hasta aquí nada extraño, salvo que esa sociedad alternativa está formada por... simios.

Para el que no conoce el film, *El planeta de los simios* arranca con el aterrizaje forzoso de cuatro astronautas, tres hombres y una mujer, que se han prestado voluntarios para realizar un viaje espacial experimental. Por el ordenador de a bordo los accidentados viajeros descubren que se encuentran el año 3978, en un planeta desconocido, muy cálido y desértico, a trescientos años luz de la Tierra desde su punto de partida, el año 1972. Para mayor desgracia, la mujer ha muerto en algún momento del viaje por algún fallo de su cámara de hibernación y apenas disponen de provisiones.

La penosa deriva a través del desierto les lleva a encontrarse con tribus de

hombres y mujeres como ellos, pero que carecen del don del habla y conviven en las condiciones más salvajes. Los astronautas supervivientes pronto descubrirán en sus carnes el terrible secreto de ese extraño planeta. Existe una especie de seres inteligentes por encima de los humanos: los simios. Se trata de una sociedad organizada en tres razas con roles muy diferenciados: están los rudos y belicosos gorilas, a la sazón las fuerzas armadas de esa sociedad, que tienen como divertimento dar caza a los humanos, como si de animales se tratase. Los orangutanes son los que tienen el poder: administran con mano de hierro las instituciones, muy ortodoxos, abominan del progreso. Y por último tenemos a los pacíficos e inteligentes chimpancés, que son los políticos, artesanos, científicos...

George Taylor (**Charlton Heston**) se encuentra muy pronto entre los apresados y su vida depende de unos chimpancés científicos, paradójicamente más *humanos* en



su comportamiento, *Aurelio* (**Roddy McDowall**) y *Zira* (**Kim Hunter**).

En su cautividad, *Taylor* intenta demostrar que es un ser inteligente, pero una herida de bala en el cuello le ha afectado las cuerdas vocales, lo que por el momento le impide hablar. El doctor *Zaius* (**Maurice Evans**)

descubre las dotes del humano, nada convenientes para el sistema social que administra, e intenta borrar toda prueba, manteniendo con *Taylor* un particular duelo.

La película lleva un patente mensaje político, siendo un alegato acerca del destino de nuestra civilización, sobre la conciencia del hombre como simple animal, sin duda el animal más peligrosamente destructivo. Una invocación para concienciarnos de que la guerra en sí es absurda y que nada se consigue con ella, ya que el peor enemigo de la guerra, es la guerra en si misma. No es de extrañar este tipo de mensaje, teniendo en cuenta que la película se rodó en plena guerra fría.

Resulta inolvidable la sorprendente secuencia final en la playa, cuando *Nova* (**Linda Harrison**) y el coronel *Taylor* se encuentran frente a frente con la terrible verdad, y *Taylor* termina por exclamar la famosa frase que permanecerá como uno de los momentos más impactantes de toda la historia del cine de Ciencia-Ficción: «¡Dementes! ¡Volaron todo! ¡Malditos! ¡Dios! ¡¡¡Os maldigo hasta el infierno!!!».

CONTAMINACIÓN (*NO BLADE OF GRASS*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Cornel Wilde

Año: 1970

Producción: Cornel Wilde

Guión: Sean Forestal, Jefferson Pascal sobre la novela de John Christopher

Música: Burnell Whibley

Fotografía: H.A.R. Thomson

Efectos especiales: Terry Witherington

Reparto: Nigel Davenport (John Custance), Jean Wallace (Ann Custance), John Hamill (Roger Burnham), Lynne Frederick (Mary Custance), Patrick Holt (David Custance), Ruth Kettlewell (Fat Woman), M.J. Matthews (George), Michael Percival (Police Constable), Tex Fuller (Mr. Beaseley), Simon Merrick (T.V. Interviewer, Fred Gray), Anthony Sharp (Sir Charles Brenner), George Coulouris (Mr. Sturdevant), Anthony May (Pirrie), Wendy Richard (Clara), Max Harnell (Lieutenant)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Theodora Productions / Metro-Goldwyn-Mayer (MGM)



Aunque el tema argumental resulta muy atractivo, al final la película deja un poso de fallido alegato de corte ecológico.

En un futuro próximo, el planeta azul es directamente un estercolero. Chatarra apilada sin control, el humo de las fábricas y los vehículos ensuciando la atmósfera, ríos y mares en cuyas aguas flotan detritus inidentificables, ciudades atestadas de edificios colmena, pesticidas arrojados sin control... La polución ha llegado a tal extremo que la mayoría de las plantaciones planetarias han desaparecido. Como consecuencia de esto se ha desarrollado un virus letal que ha acabado con los animales y a punto está de acabar con toda la humanidad.

Sin agricultura ni ganadería, no hay con qué alimentar a la población, por lo que algunos países toman la drástica medida de bombardear con gas neurotóxico sus ciudades más pobladas.

Dos familias, conscientes de que la situación en la ciudad pronto será insostenible, intentan huir del caos y la miseria en busca de un lugar fértil y tranquilo donde poder vivir.

Pero no lo tendrán nada fácil: por el camino encontrarán un mundo de incontenible violencia, donde la anarquía reina por doquier y los valores éticos y morales se han de dejar a un lado en favor de la lucha por la mera supervivencia.

A partir de aquí, la película se torna en una especie de western, que en algunos casos llega al absurdo como la escena de los motoristas, una pandilla de asesinos

psicópatas que a la manera de los indios americanos (sí, tal cual) atacan a la caravana (la comitiva de nuestros protagonistas). También tenemos los duelos personales entre los protagonistas que, como en el viejo oeste, dirimen sus diferencias a tiros si es necesario. Y claro está, no debe faltar el asalto al fuerte, cuando llegan a la granja del hermano de nuestro protagonista.

De todas maneras, no seamos demasiado críticos y visionemos la película en su justo contexto, el de los años 70, fecha en la que se filmó.

No obstante, este argumento de un futuro distópico-apocalíptico ha sido recurso en otras muchas películas que comentaré más adelante como *Mad Max*, *Cuando el Destino nos Alcance*, *Doce Monos*, *Hijos de los Hombres*, *El libro de Eli* o *La carretera*, por citar sólo algunas.

THX 1138

Ficha técnica y artística:

Dirección: George Lucas

Año: 1971

Producción: Lawrence Sturhahn

Guión: George Lucas y Walter Murch

Música: Lalo Schifrin

Fotografía: Dave Meyers, Albert Kihn

Efectos especiales:

Reparto: Robert Duvall (THX 1138), Donald Pleasence (SEN 5241), Don Pedro Colley (SRT), Maggie McOmie (LUH 3417), Robert Feero (Robot de la ley), Johnny Weissmuller Jr. (Robot de la ley), Ian Wolf, Sid Haig, Irene Forrester, Gary Alan Marsh, John Seaton, Eugene I. Stillman,

País: Estados Unidos

Compañía Productora: American Zoetrope para Warner Bros

La película *THX 1138*, ópera prima de **George Lucas**, nos ofrece otra perspectiva, un punto de vista más para entender lo que es la distopía. Tenemos de nuevo todos los ingredientes: planteada en un futuro no muy distante, un estado opresor, *Om* (personificado en una pintura con el rostro de *Jesucristo*), que lo controla todo... en definitiva, un Gran Hermano similar al de *1984*.

En *THX 1138* nos encontramos con una sociedad que vive en inmensos túneles bajo tierra, rodeados por doquier de un agobiante color blanco. Controlados por medio de drogas para inhibir las emociones, están prohibidos los sentimientos, el individualismo y las relaciones con el resto de las personas. Por supuesto, todos tienen la misma indumentaria y llevan el pelo corto o completamente rapado...

Una vez más encontramos con los mimbres de *1984* de **George Orwell** o *Un*



mundo feliz del escritor **Aldoux Huxley**. Si alguien osa salir fuera del sistema, rápidamente se pone en marcha el estado policial e institucional que con violencia e incluso llegando a medidas más extremas con programas de lavado de cerebro, se le hace volver al redil.

Claro que, como a menudo ocurre en estos casos, el sistema nunca es perfecto. *LUH 3417* (**Maggie McOmie**), compañera de cuarto de *THX 1138* (**Robert Duvall**), le cambia la dosis de drogas que él tiene asignadas. *THX 1138* al dejar de tomar la droga parece despertar de su estado de esclavo trabajador y descubre una atracción física hacia ella, dando así comienzo a una furtiva historia de amor, transgrediendo al sistema.

Pero el sistema no descansa nunca y finalmente les descubren y *THX 1138* es encerrado en una extraña cárcel surrealista. *THX 1138*, *LUH 3417* y *SEN 5241* (**Donald Pleasence**) intentarán escapar de este mundo opresor, subterráneo, extremadamente pulcro y claustrofóbico.

EL ÚLTIMO HOMBRE VIVO (*THE OMEGA MAN*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Boris Sagal

Año: 1971

Producción: Walter Seltzer

Guión: John William & Joyce H. Corrington, de la novela *I am Legend* de Richard Matheson

Música: Ron Grainer

Fotografía: Russell Metty

Reperto: Charlton Heston (Robert Neville), Rosalind Cash (Lisa), Anthony Zerbe (Matthias), Paul Koslo (Dutch), Lincoln Kilpatrick (Zachary), Eric Laneuville (Richie)

País: Estados Unidos, 1971

Compañía Productora: Warner Bros



He aquí una de esas magníficas novelas, *I am Legend* de **Richard Matheson**, que contiene una trama singular, y que sin embargo ha «sufrido» de varias infames adaptaciones al celuloide, a saber: *El último hombre sobre la Tierra* (*The last man on Earth*, 1964) con **Vincent Price**, *El último hombre Vivo* (*The Omega Man*, 1971) – película que ahora nos ocupa– y *Soy Leyenda* (*I Am Legend*, 2007) con **Will Smith** –la cual revisaremos más adelante.

La trama que encontramos aquí es tan sencilla como impactante: la escalada militar entre Rusia y China ha alcanzado un nivel sin precedentes y desata una guerra bacteriológica a gran escala. Desgraciadamente, los virus se expanden por todo el planeta acabando en pocos años con gran parte de la población mundial. El científico militar *Robert Neville* (el incombustible **Charlton Heston**) resulta ser el

único superviviente inmune a la hecatombe, gracias a una única dosis de vacuna que estaba experimentando.

El arranque de la película es impactante. Ahí vemos a *Robert Neville* corriendo a gran velocidad con su deportivo rojo por una ciudad de Los Ángeles completamente vacía y desolada.

Sin embargo, *Neville* no está solo. Existen algunos supervivientes infectados por la plaga que desarrollan alteraciones del metabolismo y una excesiva sensibilidad cutánea a la luz, síntomas muy parecidos a la Porfiria (licencia de la película, porque en la novela se trata de vampiros), por lo que deben alimentarse de sangre para evitar la necrosis de la carne. Estos seres están de alguna manera organizados en una secta, *La familia de Matthias* (**Anthony Zerbe**), que mantiene una guerra personal con *Robert Neville*, el único hombre sano de la ciudad.

Así encontramos que por el día la ciudad pertenece por completo a *Robert Neville* y disfruta a placer de todo lo que encuentra al alcance de su mano. Pero por las noches el panorama cambia. La noche es de *La familia*, la caterva de supervivientes infectados, mutantes que tienen como único fin terminar con el que creen es uno de los causantes del desastre, *Neville*, acosándole noche tras noche en su mansión fortificada.

Llegados a este punto, no se nos escapa el mensaje paradójico de la película, pues *Neville* intenta acabar con los mutantes porque son *diferentes* y éstos a su vez, aunque repiten una y otra vez que son seres evolucionados, quieren matar al protagonista porque no encaja en su nueva sociedad.

La trama continúa cuando *Robert Neville* descubre a otro grupo de supervivientes que no han sido afectados por la epidemia, y comenzará a desarrollar un suero para curar al hermano de uno de ellos que sí está infectado.

Hasta aquí, parece una idea atrayente. Sin embargo, como comenté al principio,



nos encontramos con una mala adaptación de la novela, pésimos diálogos, la mediocre actuación (o sobreactuación, según se mire) de **Charlton Heston** y la patética puesta en escena de los infectados, un montón de seres ridículamente disfrazados con largas túnicas negras, que usan gafas con lentes para el sol, con una absurda

capacidad de raciocinio y llevados al paroxismo en una locura pseudo-religiosa... En fin, una completa lástima.

LA NARANJA MECÁNICA (A CLOCKWORK ORANGE)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Stanley Kubrick

Año: 1971

Producción: Stanley Kubrick

Guión: Stanley Kubrick, de la novela de Anthony Burgess

Música: Wendy Carlos

Fotografía: John Alcott

Efectos especiales: Pacific Title & Art Studio

Reparto: Malcolm McDowell (Alex), Patrick Magee (Mr. Frank Alexander), Michael Bates (Chief Guard Barnes), Adrienne Corry (Mrs. Alexander), Warren Clarke (Dim), John Clive (Stage Actor), Aubrey Morris (P.R. Deltoid), Carl Duering (Dr. Brodsky), Paul Farrell (Tramp), Clive Francis (Joe the Lodger), Michael Gover (Prison Governor), Miriam Karlin (Catlady), James Marcus (Georgie), Geoffrey Quigley (Prison Chaplain),

País: Reino Unido

Compañía Productora: Warner Bros Pictures / Stanley Kubrick Production



Aquí tenemos una de las obras maestras del celebrado **Stanley Kubrick**: *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1971). En esta película, **Kubrick**, meticuloso observador del género humano, reflexiona, en clave de un oscuro futuro cercano, sobre los valores de la sociedad. El film se mueve con una extraña mezcla de música clásica junto con una estética *pop-art*, entre claves de violencia gratuita, represión sin límites unida a la hipocresía de una sociedad en plena decadencia y la inoperancia de la clase gobernante. Una trama delirante y hasta surrealista en la que podemos contemplar como el verdugo se convierte en víctima y viceversa.

Álex (**Malcolm McDowell**), un delincuente sin moral, y su grupo tienen sus propios métodos para divertirse y descargar su tremenda agresividad dentro de una sociedad en plena degradación. Sus principales intereses son la violación y la ultraviolencia, al ritmo de la música de **Ludwig Van Beethoven**. Ellos disfrutaban sin inhibiciones de la tragedia y la desgracia de los demás.

Pero el liderazgo que *Álex* asume dentro del grupo no es visto con buenos ojos por sus amigos, que una noche deciden traicionarle y tenderle una trampa para que le capture la policía. Una vez en prisión, *Álex* acepta someterse como conejo de indias a un nuevo método reformativo, el experimento *Ludovico*. Esta terapia consiste en tratar al preso durante dos semanas saliendo totalmente reinsertado y en libertad en ese breve plazo.

Así *Álex* es amarrado a una silla, y con los ojos abiertos totalmente le aplican unas gotas para posteriormente obligarlo a contemplar escenas de violencia extrema.



Cuando termina el tratamiento le hacen se a pruebas para comprobar el resultado. Le humillan en público, delante incluso de los políticos que observan los resultados. Cuando *Álex* quiere responder a las humillaciones, siente un dolor insoportable y náuseas que le reprimen.

Álex pasa la prueba y es reintegrado a la sociedad, pero encuentra que ya no encaja: sus padres han alquilado su habitación a otra persona y se ve en la calle; sus amigos son ahora policías; el escritor que perdió a su mujer y quedó lisiado le invita a su casa para incitarle al suicidio... Las tornas de su vida anterior han cambiado por completo, pues se ha perdido el afecto de sus amigos, que ahora forman parte del poder o buscan venganza. Así, *Álex* se trastoca ahora en la víctima de la situación, convirtiéndose en un ser incomprendido dentro de un mundo repugnante.

La película nos invita a reflexionar sobre la naturaleza de la violencia inherente al ser humano. El perverso *Álex* no es más que un monstruo creado por otros monstruos: la sociedad hipócrita que sólo mira sus propios intereses, unos gobernantes que intentan parchear la realidad utilizando métodos de represión y rehabilitación inhumanos, el sensacionalismo de los medios de comunicación, una desestructurada institución familiar...

CUANDO EL DESTINO NOS ALCANCE (*SOYLENT GREEN*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Richard Fleischer

Año: 1973

Producción: Walter Seltzer

Guión: Stanley R. Greenberg (de la novela *Make Room!, Make Room!* de Harry Harrison)

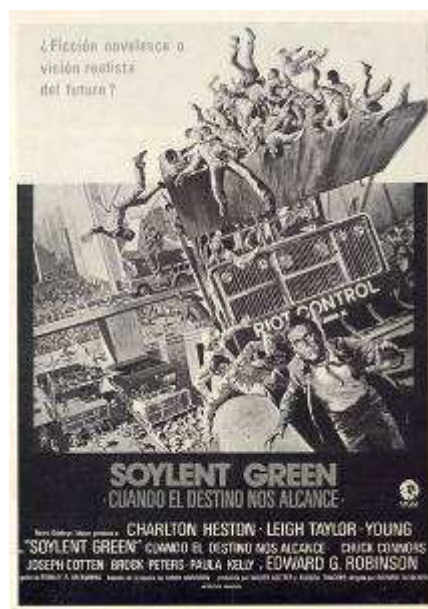
Música: Fred Myrow

Fotografía: Richard H. Kline

Reparto: Charlton Heston (Robert Thorn), Leigh Taylor-Young (Shirl), Edward G. Robinson (Sol Roth), Joseph Cotten (Tab Fielding)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Metro-Goldwyn-Mayer (MGM)



Cuando el destino nos alcance es un caso peculiar dentro del cine de género distópico. Dotada de fuertes dosis de carácter filosófico, también es un drama futurista y un thriller policíaco de Ciencia-Ficción. Como toda buena distopía, la trama desemboca en un final en el que no hay esperanza para la humanidad y para

el que sólo queda como salida la resignación, la locura o, como es el caso de esta película, la eutanasia fomentada e incluso asistida por el propio Estado.

Charlton Heston, un actor que a caballo entre los años sesenta y setenta realizó una serie de películas, no todas ellas afortunadas, repite una vez más con el género de Ciencia-Ficción. Desde su primera época, con péplums como *Los Diez Mandamientos* o *Ben Hur*, cambiaría de registro temático, pero nunca abandonaría su forma de actuar siempre prepotente y bastante narcisista, continuará dando vida a personajes *atrapados* en la distopía como *George Taylor* en la magnífica primera versión de *El planeta de los simios* de 1968 o como *Robert Neville* en la olvidable *The Omega Man* (*El último hombre... ¡vivo!*) de 1971, ambas repasadas anteriormente.

La película tiene lugar en el *Nueva York* del año 2022. El mundo está en pleno colapso como consecuencia de la superpoblación y el grave deterioro medioambiental. Una sociedad no muy lejana en el futuro, en la que la gente se hacina para dormir como animales en las escaleras de los edificios, la suciedad e inmundicia reinan por doquier, hay escasez de agua y la gente no se baña, no hay luz eléctrica en las calles y es precaria en las casas, se vive en estado de sitio permanente, todos los suministros están rigurosamente racionados, apenas existen los alimentos naturales y los pocos que hay sólo son accesibles a las clases pudientes.

Para subsistir, los habitantes de la ciudad se alimentan de las tabletas *Soylent* que, a pesar de la escasez, el Estado distribuye por los masificados mercados de la ciudad. Unas son rojas, otras azules, pero las más apreciadas son las conocidas como *Soylent Green*, hechas presumiblemente de algas marinas y plancton.

Un agente de la policía, *Robert Thorn* (**Charlton Heston**), recibe el encargo, en



principio rutinario, de descubrir al autor del asesinato de *William R. Simonson* (**Joseph Cotten**), uno de los directivos de la compañía que fabrica las tabletas *Soylent*. Lo que a priori parecía un mero asesinato se va complicando según avanza en la investigación: los implicados no quieren hablar, alguien le sigue por la ciudad y, para colmo, altas instancias comenzando por su jefe le presionan para dejar el caso.

Mientras tanto, su anciano ayudante *Sol Roth* (**Edward G. Robinson**) averigua el macabro secreto de las *Soylent Green* y decide acabar con su vida accediendo al suicidio que financia el Gobierno. Este doloroso hecho conducirá al policía a seguir la pista de los camiones que portan los cadáveres. *Robert Thorn* descubre que estos llegan a una procesadora fuertemente protegida. En ella ve con sus propios ojos los diferentes procesos por los que pasan los cadáveres, desentrañando el misterio: las tabletas de *Soylent Green* se fabrican nada más y nada menos que con cadáveres humanos.

Un macabro y sórdido final, que deja el poso amargo de un futuro sin esperanza para la Humanidad, a menos que tomemos conciencia sobre lo que poseemos y que empecemos a darle el valor que se merece.

EL DORMILÓN (*SLEEPER*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Woody Allen

Año: 1973

Producción: Charles H. Joffe & Jack Rollins

Guión: Woody Allen & Marshall Brickman

Música: Woody Allen

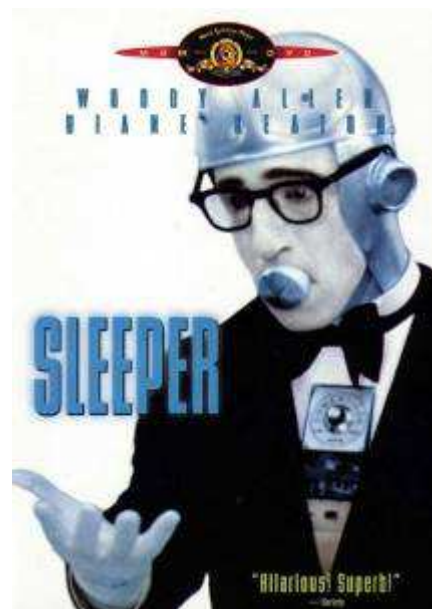
Fotografía: David M. Walsh

Efectos especiales: A.D. Flowers

Reparto: Woody Allen (Miles Monroe), Diane Keaton (Luna Schlosser), John Beck (Erno Windt), Mary Gregory (Dra. Melik), Don Keifer (Dr. Tryon), John McLiam (Dr. Aragón), Bartlett Robinson (Dr. Orva), Chris Forbes, Mews Small, Peter Hobbs, Susan Miller, Richard Nixon, Douglas Rain

País: Estados Unidos

Compañía Productora: United Artists



Entre tanta catástrofe de todo tipo, es bueno que de vez en cuando pase algo de aire fresco en forma de humor fácil y genuino. En *El dormilón*, **Woody Allen** nos ofrece una distopía futurista parodiando hasta el absurdo el cine de Ciencia-Ficción.

La película nos sitúa en el año 2.174. Unos científicos han descubierto una cápsula de criogenización datada en 1974. Se trata de *Miles Monroe* (**Woody Allen**), propietario de un restaurante de comida sana llamado *La zanahoria feliz*. Miles, al parecer, por aquella fecha acudió al médico para que le extirpara una úlcera, pero algo sale mal en la operación, y la familia opta por congelarlo. Miles es despertado doscientos años después por unos revolucionarios que luchan contra el gobierno tiránico del *Jefazo*.

Miles se encuentra de pronto en un futuro totalmente absurdo en el que lo sano resulta ser insano y viceversa. Por ejemplo está indicado fumar, comer hamburguesas (existen *McDonald's* y todo). Logra escapar del centro médico y en su huida conoce a *Luna Schlosser* (**Diane Keaton**), mujer de la que se enamora perdidamente y con la que intenta vivir su particular romance.



Pero *Luna*, en un principio, no está por la labor y llama a la seguridad del estado, por lo que *Miles* se ve obligado de nuevo a huir. Así, logra escapar de casa de *Luna* disfrazándo-

se de robot.

Y en estas, los rebeldes pretenden utilizar a *Miles* para que sea el encargado de acabar con el *Jefazo*. Pero *Miles* es un cobarde patológico, inepto hasta la médula y enclenque por naturaleza que, sin embargo, se verá forzado por las circunstancias, viéndose obligado a formar parte del plan de la Resistencia para derrocar al dictador de ese estado policial.

El objetivo de la resistencia es hacer fracasar un proyecto que consiste en clonar (¡de una oreja!) al todopoderoso tirano y perpetuar su dictadura.

A lo largo de la película encontramos como de costumbre todas y cada una de las obsesiones íntimas de **Woody Allen**, tales como el sexo y la muerte, la desafección con la ciencia, poniendo en ácida solfa los sistemas políticos y la religión. Así mismo, encontraremos una serie de risibles *artilugios* fruto de su efervescente imaginación como la *esfera de esencia lisérgica*, que consiste en un estimulador de los sentidos que «coloca» al mismísimo *Miles*, o el *orgasmatrón*, que conducen a escenas de confección clásica con persecuciones alocadas, y gags de todo tipo, todo ello aderezado con la Banda Sonora, música tocada por la banda de jazz de la que forma parte habitualmente **Woody Allen**: *The New Orleans Funeral Ragtime Orchestra*.

ZARDOZ

Ficha técnica y artística:

Dirección: John Boorman

Año: 1974

Producción: John Boorman

Guión: John Boorman

Música: David Munrow

Fotografía: Geoffrey Unsworth

Efectos especiales: Gerry Johnston

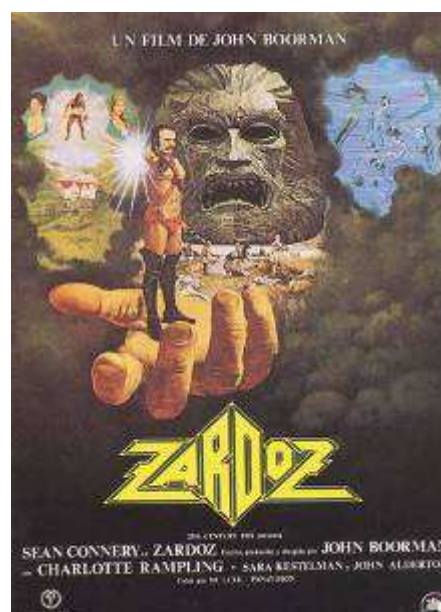
Reparto: Sean Connery (*Zed*), Charlotte Rampling (*Consuella*), Sara Kestelman (*May*), John Alderton (*Friend*), Sally Anne Newton (*Avalow*), Niall Buggy (*Arthur Frayn / Zardoz*), Bosco Hogan (*George Saden*), Jessica Swift (*Apathetic*), Bairbre Dowling (*Star*), Christopher Casson (*Old Scientist*)

País: Reino Unido

Compañía Productora: 20th Century Fox

Otro de esos films clásicos de la Ciencia-Ficción distópica, es **Zardoz**. A pesar de que ha envejecido mal con los años (influenciada seguramente por su bajo presupuesto; aunque en su tiempo también fue incomprendida) aún mantiene cierto grado de interés.

En esta ocasión nos encontramos con la distópica visión de un futuro lejano, el



año 2293, postapocalíptico. Un mundo gobernado por una clase dominante, *los eternos*, que en realidad son descendientes de los antiguos científicos, que, exentos de privaciones, viven refugiados en una zona secreta y paradisiaca llamada el *Vórtex*.

Fuera del *Vórtex* vive el resto de la población, en dos clases bien diferenciadas: los *brutales* y los *exterminadores*. Ambas sociedades se limitan a sobrevivir de forma miserable, llenos de privaciones en un mundo árido, asolado por la polución. Para colmo de males, viven manipulados por un enigmático dios al que veneran y obedecen ciegamente, *Zardoz*, quien gobierna con mano dura, aplicando severos castigos a quien comete alguna falta contraria a su ley, la ley de *Zardoz*. En nombre de este dios representado por una enorme cabeza de piedra, los *exterminadores* cazan, destruyen y matan a sus congéneres, los *brutales*.

Pero la curiosidad de uno de los *exterminadores*, *Zed* (**Sean Connery**), le hace adentrarse por la boca del dios, descubriendo de esta forma la burda manipulación y el mayor secreto que guardaba el *Vórtex*: el decadente mundo de los *inmortales*, una suerte de oligarquía que rige de modo singular los destinos de todos los seres que pueblan el planeta (parte de la historia que recuerda en cierta medida al *Mago de Oz*).



Y como ocurre por lo general en las distopías, si efectuamos un análisis desde el punto de vista sociológico de la película, observaremos que ésta trasciende sugiriendo argumentos como la oligarquía, la segregación social, la manipulación genética, la inmortalidad, la religión y la divinidad.

ROLLERBALL

Ficha técnica y artística:

Dirección: Norman Jewison

Año: 1975

Producción: Hal B. Wallis, Norman Jewison, Patrick Palmer

Guión: William Harrison

Música: André Previn, Dmitri Shostakovich, Johann Sebastian Bach, Pyotr Ilyich Tchaikovsky

Fotografía: Douglas Slocombe

Efectos especiales: Sass Bedig, John Richardson, Joe Fitt

Reparto: James Caan (Jonathan E.), John Houseman (Bartholomew), Maud Adams (Ella), John Beck (Moonpie), Moses Gunn (Cletus), Pamela Hensley (Mackie), Barbara Trentham (Daphne),



Shane Rimmer (Rusty, Team Executive)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: United Artists

Rollerball es una de esas películas que también ha envejecido mal sufriendo como pocas el paso del tiempo.

El argumento es simple y a la vez atractivo: año 2018, la globalización (¿les sueña?) ha vencido. Todos los países han desaparecido y la paz impera en el planeta. El mundo se encuentra ahora agrupado en seis Corporaciones que gobiernan de forma totalitaria todo el planeta: Energía, Alimentación, Lujo, Vivienda, Comunicación y Transporte.

A modo de los antiguos emperadores romanos, y con el fin de distraer a la población de cosas poco convenientes al nuevo sistema totalitario (léase demandas políticas o sociales), a los directivos de las seis Corporaciones hegemónicas se les ha ocurrido entretener a las masas con el ultra-violento juego del *Rollerball*. Por cierto, el argumento teje mimbres muy similares a *Perseguido* de **Paul Michael Glaser**, película que también revisaremos más adelante. En ese caso, son los medios televisivos los que ostentan el poder.



El *Rollerball* es un juego de gran violencia en el que, al menos en sus inicios, había unas reglas. Los deportistas dan vueltas a gran velocidad sobre una pista circular con aspecto de velódromo. Unos van sobre patines al estilo del hockey y otros en motocicleta persiguiendo una bola de metal. Una vez atrapada la bola, el objetivo es llevarla a cualquier precio e introducirla en una pequeña «canasta imantada» que los rivales defenderán ferozmente, incluso peleando y si es necesario, matando al oponente.

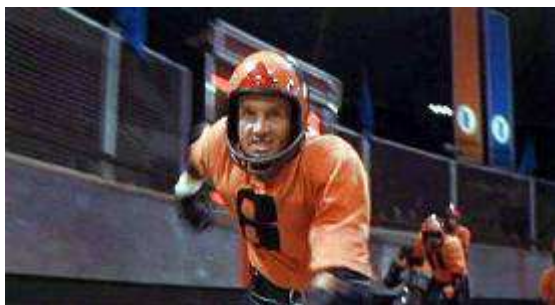
Así, las Corporaciones consiguen encauzar la agresividad y los sentimientos anti-sociales de la población, la cual se desfoga desde las gradas.

Jonathan E. (James Caan) es la gran figura del *Rollerball*. Se trata de un veterano jugador que ya lleva a sus espaldas diez temporadas, cuando la media de un jugador no supera las dos, en el equipo de Houston. Es un ídolo mundial, y el público le aclama vivamente cuando sale a la pista de juego. Todo el mundo lo quiere en sus fastuosas fiestas.

Pero precisamente estos hechos van en contra de los planes de las Corporaciones. Se supone que la esencia del juego es ensalzar el valor del juego en equipo; na-

die es imprescindible. Uno asciende de forma meteórica al estrellato, cayendo con la misma rapidez. Pero Jonathan se ha convertido en un héroe al que es imposible desbancar, así que los Ejecutivos toman la determinación de quitarse sin más dilación el problema de encima pidiéndole que se retire *dignamente*.

Ante tanta insistencia y las burdas argucias que emplean los Corporativos para convencerle, *Jonathan E.* empieza a sospechar haciéndose preguntas de difícil respuesta, por lo que decide que ahora más que nunca, no desea abandonar el juego, pase lo pase y ofrezcan lo que le ofrezcan. Ante todo está su dignidad como individuo y acaba resistiéndose al Sistema. Pero el Sistema, con el fin de terminar de una vez por todas con él, le responde con más violencia cambiando las reglas del juego: sólo



un equipo debe quedar con vida, eliminando por completo a los demás contrarios; la consigna es que todo vale.

Pero este baño de sangre no hace sino enervar aún más sus sentimientos de rabia e impotencia, transformándose en un acto de rebeldía que es el de su resistencia a abandonar.

Así que las cosas no resultan como los Ejecutivos esperaban. *Jonathan E.* es una vez más el único superviviente en la cancha, y patina triunfalmente con la bola para introducirla en la *canasta* del rival.

El público le aclama ensordecedor mientras rueda en solitario por la pista. *Jonathan E.* ha ganado y saborea la victoria, pero... ¿cuántos partidos más será capaz soportar? ¿Y por cuánto tiempo?

Aún guardo un grato recuerdo de la *Toccata in D minor* de **Johann Sebastian Bach**, banda sonora de la película, interpretada por *The London Symphony Orchestra* y dirigida por **Andrè Previn**. Pieza clásica con un carácter extraordinario para acompañar a la película. En aquella época podía encontrarse en los «jukebox», las famosas *máquinas pinchadiscos* de los bares, compitiendo con la música de moda del momento.

En definitiva, una denuncia sobre la corrupción política, las maquinaciones y las intrigas que convierten el juego en una farsa y en una tragicomedia, en el cual se manipula hasta el extremo de convertir el *Rollerball* en un espectáculo *in crescendo* de violencia, muerte y deshumanización. Sin duda una interesante reflexión sobre la violencia en los medios audiovisuales y del sadismo del público que contempla y disfruta del mismo haciéndose cómplices de dicho espectáculo.

2024 APOCALIPSIS NUCLEAR (UN CHICO Y SU PERRO/A BOY AND HIS DOG)

Ficha técnica y artística:

Dirección: L.Q. Jones

Año: 1975

Producción: L.Q. Jones, Alvy Moore

Guión: L.Q. Jones, sobre una novela de Harlan Ellison

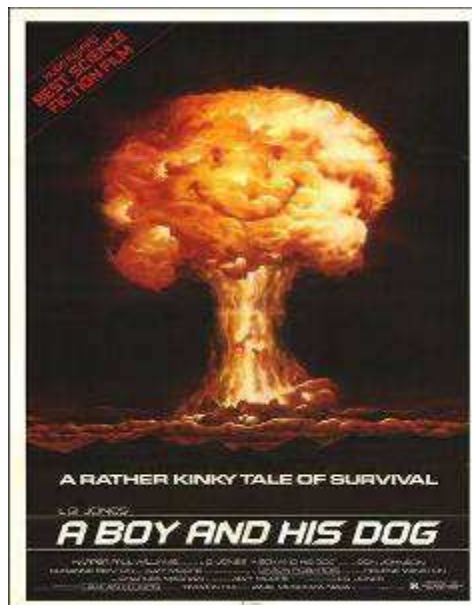
Música: Tim McIntire

Fotografía: John Arthur Morrill

Reparto: Don Johnson (Vic), Susanne Benton (Quilla June Holmes), Jason Robards (Lou Craddock), Tim McIntire (voz de Blood), Alvy Moore (Doctor Moore), Helene Winston (Mez Smith), Charles McGraw (Preacher), Hal Baylor (Michael), Ron Feinberg (Fellini), Michael Rupert (Gery) y Tiger, el Perro (Blod)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: LQ/JAF



En *2024 Apocalipsis Nuclear* encontramos de nuevo una Tierra postapocalíptica gracias a la inquieta mano humana. Tras una brevísima (cinco días) III Guerra Mundial, las potencias mundiales agotaron todos sus silos nucleares, dejando el planeta a merced de sus devastadores efectos. Todo ha quedado arrasado. En medio de la hecatombe, unos pocos supervivientes viven, o mejor dicho mal viven, en un mundo desolado, desértico, donde la comida y las mujeres son los «artículos» más buscados. Y es que en este caótico mundo los supervivientes son en su mayoría hombres, militares que han sobrevivido a la catástrofe gracias a la protección de sus bunkers, mientras las bombas caían sobre las ciudades arrasándolo todo.

Pero no son los únicos, otros personajes sobreviven rapiñando lo que pueden en la superficie, rodeados de violencia y desesperación; otro grupo, los que lograron refugiarse bajo tierra, han formado una sociedad regida bajo una férrea dictadura llamada *El Consejo*.

La trama gira en torno a las peripecias de dos curiosos personajes, un muchacho llamado *Vic* (un jovencísimo **Don Johnson**), que junto a su inseparable perro *Blood* recorren los desiertos páramos en los que se ha transformado el planeta. Y digo curiosos personajes, porque *Vic* y *Blood* de alguna forma sobrenatural mantienen entre ambos una comunicación fluida, de tal forma que *Blood* habla telepáticamente, y sólo su amo puede es-



cucharle. La personalidad de ambos es bien simple y se resume en que el perro, *Blood*, es un pedante sabelotodo que sólo piensa en comer y *Vic* es un adolescente cuyo único fin en el planeta es intentar mantener relaciones sexuales con mujeres (aunque finalmente descubriremos que no sólo las quiere para ese mundano placer). A fin de cuentas un drama en el que ambos personajes se aman, se odian, se sopor-tan, pero saben que necesitan el uno del otro para sobrevivir.

Guiado por su bajo instinto, *Vic* caerá en la trampa que le tiende una mujer a la que sigue, accediendo por un bunker, hacia el mundo subterráneo.

Blood por su parte se queda arriba esperándole ya que intuye que abajo no hay nada bueno. Allí abajo, *Vic* se encontrará con una sociedad en apariencia amable, organizada y bien alimentada, aunque parece detenida en el tiempo. Allí no falta la comida y el bienestar, aunque pronto se verá cara a cara con *El Consejo*, descubriendo entre horrorizado y sorprendido su oscuro y siniestro secreto.

A pesar de los escasos medios con los que cuenta la película, que se hace patente en la realización de los efectos especiales, las localizaciones y el *atrezzo*, las actuaciones sin embargo pueden calificarse de creíbles.

LA FUGA DE LOGAN (*LOGAN'S RUN*)

Ficha técnica y artística:

Dirección: Michael Anderson

Año: 1976

Producción: Saul David

Guión:, David Zelag Goodman, basado en la novela de William F. Nolan y George Clayton Johnson

Música: Jerry Goldsmith

Fotografía: Ernest Laszlo

Efectos especiales: Frank Van der Veer

Reperto: Michael York (Logan 5), Richard Jordan (Francis 7), Jenny Agutter (Jessica 6), Peter Ustinov (El Anciano), Roscoe Lee Brown (Box), Farrah Fawcett (Holly 13), Michael Anderson Jr (Doctor), Randolph Roberts (Líder fugitivos), Lara Lindsay (Fugitiva), Michelle Stacy (Mary 2), Greg Lewis (Cachorro)

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Metro-Goldwyn-Mayer



Corre el año 2374. Los únicos supervivientes de lo que queda de humanidad ven aislados del mundo exterior en megalópolis, ciudades ultramodernas protegidas por enormes bóvedas en forma de cúpulas. Estas ciudades están gobernadas por una autoridad, una inteligencia artificial denominada *Computadora Central*, que también controla el ciclo de sus existencias mediante unos relojes biológicos implantados en la palma de sus manos. Estos relojes biológicos sirven para controlar la duración de

sus vidas, las cuales no sobrepasan nunca los treinta años de edad.

Los habitantes de *Arkadia* viven en paz, plácidamente dedicados la mayor parte del tiempo a gozar sin privaciones de los placeres de la vida. Y entre otras cosas cuentan con tiendas en las que pueden cambiar de personalidad y aspecto físico, gracias a la cirugía plástica instantánea.

No obstante, para mantener su estatus como sociedad, el sistema les alecciona, y en último caso obliga a todos los ciudadanos que llegan a la edad de treinta años a pasar por un supuesto ritual renovador, una rueda conocida como el *Carrusel*. La mayoría están convencidos de que este ritual les lleva a renacer nuevamente. Pero no todo es perfección en esta apacible y decadente sociedad: unos pocos ciudadanos sospechan de las bondades del sistema, e intentan escapar de su destino en el *Carrusel*, hacia un utópico lugar más allá de las cúpulas protectoras, al que llaman el *Santuario*.

Logan 5 (**Michael York**) es uno de los Vigilantes o *Sadman* de *Arkadia*, tienen como misión dar caza o matar si es necesario a todos esos fugitivos que intentan huir hacia ese desconocido *Santuario*.

Logan 5 conoce accidentalmente a *Jessica 6* (**Jenny Agutter**), la cual insinúa conocer algo del secreto del *Santuario*. En una de sus rutinarias rondas, *Logan 5* y *Francis 7* (**Richard Jordan**) dan caza a un fugitivo que huye del *Carrusel* que porta un extraño objeto conocido como *Ankh* (el mismo colgante que porta *Jessica 6*).

Al hacer entrega de estos objetos, la *Computadora Central* le asigna la secreta misión de ir al *Santuario* para destruirlo. Para infiltrarse entre los disidentes, la computadora le adelanta su edad biológica para situarle en los treinta años, y le entrega el *Ankh*, la llave que le permitirá acceder al *Santuario*. *Logan 5* estima que *Jessica 6* le puede servir de ayuda para encontrar ese supuesto *Santuario* y la engaña, pretendiendo que es un fugitivo más, que intenta escapar de la ciudad.

Tras varias vicisitudes consiguen llegar a las afueras de la cúpula, donde se encuentran con un robot llamado *Box*, diseñado para capturar y congelar a los fugitivos para convertirlos y reciclarlos en proteínas que envía de vuelta a la ciudad. *Logan 5* consigue destruir a *Box* y junto a *Jessica 6* salen al exterior donde ven el sol y la naturaleza por primera vez. *Logan 5* va comprendiendo al fin que los rebeldes tenían razón y que la *Computadora Central* y el *Carrusel* están basados en burdas mentiras.

Ahí fuera descubren una civilización desconocida, una ciudad de *Washington DC* desierta y en ruinas, vencida por la naturaleza. En el interior del *Capitolio* conocen a un entrañable anciano (**Peter Ustinov**) y quedan maravillados pues es la primera vez que ven a uno. Este les habla de cómo en estas sucumbidas sociedades había relaciones monógamas entre parejas,



tenían descendencia y convivían juntas toda su vida. Cuando llegan a la vejez y mueren son enterrados. Pero al explicar que son las únicas personas que ha visto en mucho tiempo, la pareja se da cuenta de que el *Santuario* no existe.

Mientras, *Francis 7* sigue empeinado tras sus pasos, en la creencia de que *Logan 5* es un traidor y un fugitivo.

MAD MAX, SALVAJES DE LA AUTOPISTA (MAD MAX)

Ficha técnica y artística:

Dirección: George Miller

Año: 1979

Producción: Byron Kennedy

Guión: James McCausland, George Miller

Música: Brian May

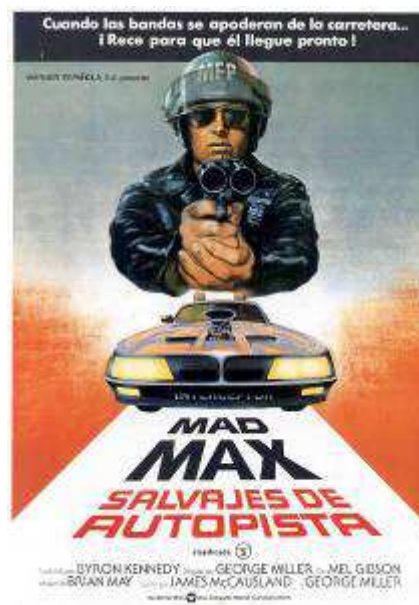
Fotografía: David Eggby

Efectos especiales: Chris Murray

Reparto: Mel Gibson ('Mad' Max Rockatansky), Joanne Samuel (Jessie Rockatansky), Hugh Keays-Byrne (Toecutter), Steve Bisley (Jim Goose), Tim Burns (Johnny the Boy), Roger Ward (Fifi Macaffee), Lisa Aldenhoven (Nurse), David Bracks (Mudguts), Bertrand Cadart (Clunk), David Cameron (Underground Mechanic), Robina Chaffey (Singer), Stephen Clark (Sarse), Mathew Constantine (Toddler), Jerry Day (Ziggy), Reg Evans (Station Master)

País: Australia

Compañía Productora: Kennedy Miller Productions



Mad Max, salvajes de la autopista es un inmejorable ejemplo de la conjunción entre cine distópico y postapocalíptico. Esta violenta película nos mete de lleno en la era de la ley del más fuerte y el sálvese quién pueda.

En un futuro no muy lejano y postapocalíptico el mundo ha colapsado entrando en una profunda decadencia. La anarquía se ha apoderado de las carreteras; aquí impera la ley del más fuerte y el poder está representado por el combustible, además del agua, los bienes más preciados.

Max Rockatansky (**Mel Gibson**) es un policía que trata de mantener el orden en este caótico mundo sin ley donde la sociedad humana ha caído en el salvajismo más exacerbado, y donde la inseguridad y la brutalidad desbocada campan por sus respetos. Con este panorama, *Max* deberá vérselas con grupos de criminales, auténticos bárbaros sin escrúpulos que, empleando una violencia gratuita, han tomado las carreteras.

Sin embargo, él intenta convivir idílicamente con su familia intentando mantenerlos al margen de este mundo. Pero todo es un espejismo. Víctima a su vez de la

barbarie, su mujer y sus hijos son asesinados por un grupo de esos incontrolados salvajes. El hombre de familia, afable, se transforma en una persona sin sentimientos, así *Mad Max* emprende una feroz lucha sin cuartel para alcanzar a los asesinos y vengarse dándoles su misma medicina.

Con la segunda entrega, *Mad Max 2: The Road Warrior*, 1981, hay que olvidarse del dicho que segundas partes nunca fueron buenas. Esta es una extraordinaria secuela en la que el personaje de *Max Rockatansky* sigue siendo el del héroe solitario que viaja por las carreteras despobladas del salvaje e incivilizado páramo australiano conduciendo el último Interceptor V-8, en una interminable búsqueda de gasolina. Su personalidad no obstante, da un salto cualitativo adquiriendo un carácter rayano en lo detestable.

Cumplida su debida venganza en la primera parte, *Mad Max, salvajes de la autopista*, el objetivo ahora es sobrevivir como sea en una época futura en la que el salvajismo está llegando a cotas insospechadas. Max se ha convertido en el antihéroe, ha perdido por completo la escasa ética y moral que le quedaba, paseando peligrosamente por la delgada línea que separa al héroe del villano, convirtiéndose justo en aquello con lo que está intentando terminar. En definitiva, Max es ahora un tipo que no tiene nada que perder, sin apego a la vida, lo que le convierte en un ser temible y despiadado.

En su singular periplo por las carreteras descubre una pequeña colonia que posee grandes reservas de petróleo, pero dicha colonia está siendo asediada por una pandilla de vándalos punkis ultraviolentos sexualmente ambiguos liderados por *El Gran Humungus*, célebre por su violencia y por no dejar con vida a sus prisioneros. Pero Max vive ajeno a todo esto. Ni siente ni padece por nadie. Ya nada le importa y sólo quiere gasolina para seguir su demencial viaje a ninguna parte. Sólo cuando los punkis le despojan de su último gramo de orgullo, decide ponerse del lado de los colonos (aunque, por otra parte ¿qué opción le quedaba?). Max revivirá los viejos tiempos en los que atropellaba a punkis y se unirá a los colonos en su lucha contra *El Gran Humungus*.

1997, RESCATE EN NUEVA YORK (1997, ESCAPE FROM NEW YORK)

Ficha técnica y artística:

Dirección: John Carpenter

Año: 1981

Producción: Debra Hill

Guión: John Carpenter & Nick Castle

Música: John Carpenter & Alan Howard

Fotografía: Dean Cundey

Efectos especiales: Eric Brevig

Reparto: Kurt Russell («Serpiente» Plissken), Ernest Borgnine



(Taxista), Harry Dean Stanton (Cerebro), Adrienne Barbeau (Maggie), Isaac Hayes (El Duque), Lee Van Cleef (Bob Hauk), Donald Pleasence (Presidente de Estados Unidos), Tom Atkins (Rehme), Season Hubley

País: Estados Unidos

Compañía Productora: Metro-Goldwyn-Mayer

1997 rescate en Nueva York es otro incuestionable y fiel exponente del género *cyberpunk*. La película nos ofrece una visión oscura y desesperanzadora de la humanidad, pues todos los personajes que desfilan por ella son malvados, mezquinos o interesados, comenzando por el mismo protagonista, pasando por las fuerzas de la ley y llegando hasta el propio Presidente.

En el *Nueva York* de 1997 el crimen ha aumentado de forma considerable, hasta tal punto que las autoridades han decretado convertir la isla de *Manhattan* en una inmensa prisión de alta seguridad. Un muro rodea por completo la isla y allí dentro se abandonan a su suerte y de por vida a todo tipo de delincuentes.

Pero cuando el Presidente de los *Estados Unidos* (**Donald Pleasence**) acudía a



una importante cumbre internacional, unos terroristas secuestran el *Air Force One* en pleno vuelo. El avión acaba estrellándose precisamente dentro de la ciudad prisión de *Nueva York*. Gracias a la cápsula salvavidas de que disponía la nave, el Presidente salva la vida, siendo el único superviviente del

avión. El problema es que ha caído dentro del inaccesible perímetro carcelario y se encuentra a merced de los presidiarios que a cambio de su vida quieren la libertad.

El legendario *Serpiente Plissken* (**Kurt Russell**), un delincuente mal encarado y sin escrúpulos al que todos daban por muerto, será contratado por el *Alcaide* (interpretado por el mítico **Lee Van Cleef**) para rescatar al Presidente y recuperar una valiosa cinta que tiene en su poder. A cambio se le eximirá de todos sus cargos y le concederán la libertad...

Para la misión dispone de veintidós horas. Si no regresa en el plazo o regresa sin el Presidente o la cinta, una microcápsula inyectada en su cuerpo acabará con su vida.

© José Ramón Vila (Txerra)

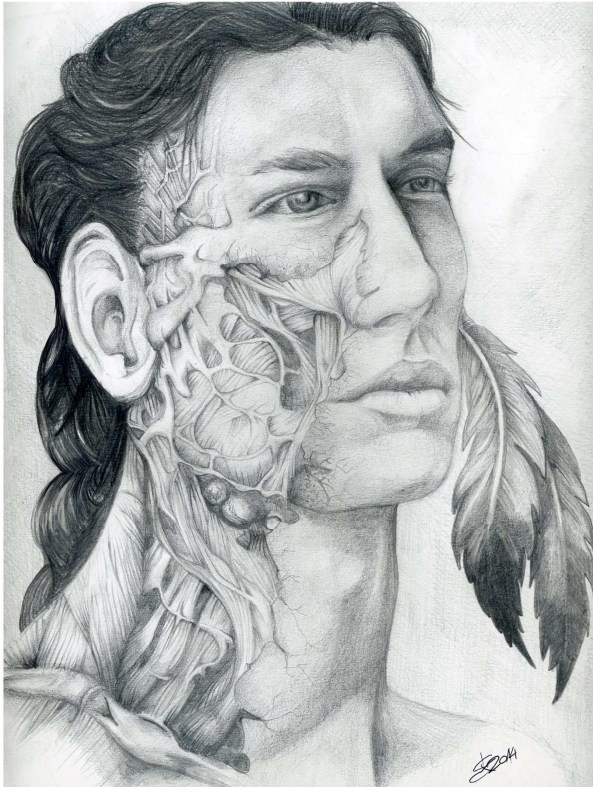
José Ramón Vila Martínez (Txerra) es miembro vocal de la TerBi, Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror, tertulia decana en España; maqueta la Revista de la TerBi con la que colabora de vez en cuando. También graba en video las Jornadas TerBi y los sube al [Canal Ter-BiCF](#) de YouTube. Su primer relato publicado fue *Su seguro servidor*, Axxon nº 162. Más tarde publicó en papel *Ne frustra vixisse videar*, Mundos desconocidos, Libro Andrómeda, 2007; *Tafiofobia*, *Visiones 2008*, de la [AEFCFyT](#), 2008. Ganador del II premio Cryptshow Festival en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal* (2009). Prologó la antología *Utopía Final*, Libro Andrómeda, 2010, con el artículo *Breve Historia de la Política en la Literatura de Ciencia Ficción*.



PORTAFOLIO

por Paolo Sartoris

Paolo Sartoris nació en Sassari, Cerdeña, Italia en 1968. Admite encargos remunerados en el correo electrónico paolo.sartoris@gmail.com.



Indios



Mujer Jaguar



Final



Ojo

DEBATE ELECTORAL

REGRESAMOS TRAS LA PAUSA PUBLICITARIA, PARA COMENZAR YA EL DEBATE PROPIAMENTE DICHO.

LES RECORDAMOS QUE INTERVIENEN LOS REPRESENTANTES DE LAS DOS CANDIDATURAS CON MEJORES RESULTADOS EN LAS ENCUESTAS.

POR UN LADO, DIEGO ROSALES, PORTAVOZ DE IBM IBÉRICA, QUE PRESENTA COMO CANDIDATO A LA VERSIÓN 6.0 DEL BEST.

Y, ASIMISMO, ESTÁ EL REPRESENTANTE DE MICROSOFT, RICHARD MACKENZIE, CON LA IA WINDOWS UTOPIY.



COMIENZA EL SEÑOR ROSALES.

IBM PRESENTA UNA VERSIÓN MÁS EFICAZ DEL SISTEMA OPERATIVO QUE HA ESTADO ADMINISTRANDO EL PAÍS EN LOS ÚLTIMOS CUATRO AÑOS. CON NOSOTROS SE HA

REDUCIDO EN 7 SEMANAS EL TIEMPO DE ESPERA PARA UNA INTERVENCIÓN. SE HAN INCREMENTADO EN 400 MEGAGIGAS LAS CONEXIONES DOMÉSTICAS...

EL SEÑOR ROSALES ÚNICAMENTE MUESTRA LAS ESTADÍSTICAS QUE LE SON FAVORABLES. PERO OCULTA QUE SE HA INCREMENTADO EN 40 SEGUNDOS LO QUE SE TARDA EN RECORRER UN KILÓMETRO DE VÍA URBANA...



